
UN
LAGO
ENTRE
LOS
DOS
AILI EVANS

UN LAGO ENTRE LOS DOS

AILI EVANS

© 2026 Aili Evans
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización expresa de la autora.

Para ti.
Porque algunas historias encuentran a la persona adecuada justo en el momento adecuado.

Capítulo 1



Hay una regla no escrita en las oficinas de Whitmore & Associates que todo el mundo conoce pero nadie menciona en voz alta: si tu luz sigue encendida después de las siete, eres de los buenos. Si se apaga antes de las seis, estás buscando otro trabajo.
La mía lleva tres años encendida hasta las ocho y media.
Abro el tercer informe del día y me digo lo que me digo siempre: este es el último y me voy. Fuera, Londres hace lo que hace Londres en junio, que es no decidirse entre el sol y la lluvia y quedarse en ese término medio gris que los ingleses hemos aprendido a llamar "bastante bueno para la época". Por la ventana veo el reflejo de mi pantalla más que la calle. Llevo tanto tiempo mirando números que cuando cierro los ojos todavía los veo flotando, ordenados en columnas, perfectos y silenciosos.
Me gustan los números. Eso no es mentira. Me gustan porque no cambian de opinión, no llegan tarde, no te miran un martes por la noche y te dicen que necesitan espacio. Los números son lo que son y punto.
Daniel me dijo que necesitaba espacio hace exactamente ocho meses.

No es que lo esté contando.
Guardo el informe, apago la pantalla secundaria y me pongo el abrigo. Son las ocho y cuarto. Récord de virtud para un viernes.
En el metro pienso en lo de mañana con la mezcla de ganas y agotamiento que últimamente acompaña a casi todo. Mañana es mi cumpleaños. Treinta años. Un número redondo, dicen, como si eso fuera algo bueno, como si ser divisible entre diez fuera un logro personal. Sophie ha organizado una cena, lo que en la práctica significa que ha reservado mesa en algún sitio que no me va a decir hasta mañana, ha coordinado a seis personas con agendas imposibles y ha enviado al menos cuarenta y tres mensajes al grupo de WhatsApp que yo he silenciado desde octubre.
Sophie es así. Organiza las vidas ajenas con una energía que a mí me agota solo de observarla.
La quiero muchísimo.
El piso huele a la vela que encendí esta mañana y olvidé apagar, que es exactamente el tipo de cosa que haría saltar la alarma de incendios si no fuera porque la alarma de incendios de este edificio lleva rota desde febrero y al casero le parece bien. Me hago una tostada, me siento en el sofá con el portátil y abro los correos que no contesté por la tarde. Tres clientes, un recordatorio interno, una newsletter de una tienda de ropa en la que no recuerdo haberme suscrito.
Treinta años mañana.
Cierro el portátil.
Me pregunto, no por primera vez y sospecho que no por última, si esto es lo que tenía en mente cuando tenía veintidós y pensaba en los treinta. Si la Poppy de veintidós años me viera ahora, en este sofá, con esta tostada, sola en este piso que huele a vela y descuido, ¿qué diría?
Probablemente algo que no querría escuchar.
La cena es en un italiano en Soho que Sophie ha elegido con la excusa de que a mí me gusta la pasta, lo cual es verdad, pero sospecho que también le gusta a ella y eso ha tenido algo que ver.
Llegamos todas más o menos a la vez, que para nosotras es un milagro logístico comparable a la construcción de las pirámides.

Somos seis. Sophie, que me abraza como si lleváramos meses sin vernos cuando en realidad quedamos el jueves. Clara, que llega con una bolsa de regalo enorme y una sonrisa que dice ya verás. Megan y Lizzie, que vienen juntas desde Clapham y entran discutiendo sobre si el Uber las cobró de más. Y Diane, que trabaja conmigo y es la única persona en Whitmore & Associates que apaga el ordenador antes que yo y no parece avergonzada por ello.
La mesa está preciosa. Sophie ha puesto unas velas pequeñas en el centro aunque el restaurante no las tenía y no sé cómo lo ha conseguido ni quiero saberlo.

— Feliz cumpleaños — me dice, y en su voz hay algo que no identifico del todo. Algo que suena a trampa, pero del tipo de trampa que se hace con cariño.

La pasta es buena, el vino es mejor, y por un rato consigo no pensar en los informes ni en Daniel ni en los treinta años como concepto filosófico. Hablo y me río y dejo que Clara me cuente por decimoquinta vez la historia del chico del gimnasio, que cada vez que la cuenta tiene un detalle nuevo y nunca sé si es que mejora la memoria o que mejora como narradora.
Luego vienen los regalos.
Clara: un vestido precioso en un color que ella llama malva y yo llamaría morado si no tuviera miedo de ofenderla.
Megan y Lizzie: una caja de productos de baño que huelen a algo nórdico e indefinible y que probablemente cuestan más de lo que parecen.
Diane: un libro que lleva semanas diciéndome que lea y que sospecho que me regala en parte porque así puede preguntarme qué me ha parecido.
Sophie espera. Deja que abra todo lo demás y espera con esa sonrisa que no termina de controlar.

— El mío es el último — dice cuando ya he abierto todo.

No es una caja. Es un sobre.
Lo abro con ese cuidado instintivo que se le pone a las cosas que no sabes lo que son. Dentro hay una hoja doblada y una tarjeta

pequeña escrita a mano con la letra de Sophie, que es redonda y ordenada y no se parece en nada a cómo es ella en persona.
Para Poppy, que necesita parar aunque no lo sepa todavía.
Dos semanas. Lake Windermere. Solo tú.
Julio.
Feliz treinta.
Me quedo mirando la tarjeta más tiempo del necesario. Alrededor de la mesa hay silencio, que en esta mesa es algo extraordinario.

— Sophie — digo, y no sé muy bien qué iba a decir después de eso.

— No me des las gracias todavía — responde ella, y esa sonrisa sigue ahí, con algo que ahora reconozco perfectamente.

Culpa.
Aunque todavía no sé por qué.

Capítulo 2



Sophie tarda exactamente dos días en contestar a mis mensajes.
Dos días, que para ella es un récord de cobardía, porque Sophie es de las personas que responden en menos de tres minutos a cualquier cosa, incluidos los correos de trabajo, las encuestas online y los mensajes de cadena que todo el mundo ignora. Si Sophie tarda dos días en contestar es porque Sophie sabe que ha hecho algo y está esperando a que se me pase.
No se me ha pasado.
¿Qué significa "no me des las gracias todavía"?
Ese fue mi primer mensaje, el sábado por la noche cuando llegué a casa con el sobre en el bolso y esa sonrisa suya todavía en la cabeza.
Nada.
Sophie.
Nada.
Sé que estás leyendo esto.
Nada, aunque las dos rayitas azules me decían exactamente lo contrario.
El lunes por la mañana, mientras espero el café en la cocina de la oficina con la energía vital de una planta a la que llevan semanas sin regar, me llega por fin su respuesta. No es un mensaje de texto. Es

una nota de voz de cuatro minutos y veinte segundos, que es otra cosa muy de Sophie: cuando tiene que dar explicaciones largas, habla. Supongo que es más difícil interrumpirla así.
Me pongo un auricular y le doy al play.
"Poppy, antes de que digas nada quiero que sepas que lo hice con la mejor intención del mundo y que en el momento en que lo hice me pareció una idea absolutamente razonable y de hecho creo que objetivamente sigue siéndolo aunque entiendo que tú puedas verlo de otra manera y..."
Cuatro minutos y veinte segundos.
Cuando termina, me quedo mirando el café.
Resulta que la cabaña junto al lago Windermere, mi regalo de cumpleaños, mis dos semanas de soledad regenerativa en el sitio más bonito de Inglaterra, tiene dos habitaciones. Lo cual hasta ahí es una información neutral y perfectamente aceptable. El problema es lo que Sophie hizo con esa segunda habitación, que fue publicarla en una aplicación de alojamiento compartido porque, y cito textualmente, "Poppy, cariño, era carísimo y así me salió casi a mitad de precio y pensé que igual ni coincidíais mucho".
Igual ni coincidíais mucho.
En una cabaña.
Con dos habitaciones.
Y un lago.
Dejo el café en la encimera porque de repente no me apetece nada.
La llamo a la hora de comer, que es lo más tarde que puedo aguantar.

— Antes de que digas nada — empieza ella.
— Ya dijiste eso en la nota de voz.
— Poppy...
— ¿Quién es? — pregunto, porque es la pregunta que llevo dos días haciéndome y que la nota de voz de cuatro minutos y veinte segundos no respondió en ningún momento —. La persona que va a estar en mi cabaña. En mi regalo de cumpleaños. ¿Quién es?

Silencio breve. De los de Sophie, que duran exactamente lo que necesita para ordenar las palabras de una manera que suenen mejor de lo que son.

— Un hombre — dice.

— Eso ya lo sé, has dicho "él" tres veces en la nota de voz.

— Se llama Logan. Tiene buenas reseñas en la app, Poppy, cinco estrellas, un comentario que dice que es muy tranquilo y muy limpio y que respeta los espacios comunes, que es más de lo que puedes decir de la mayoría de la gente que conoces en persona...

— Sophie.

— ...y además la cabaña tiene dos habitaciones separadas con sus propios baños así que técnicamente es como vivir en pisos distintos pero con jardín y vistas al lago y...

— Sophie.

Para.

— Lo siento — dice, y ahora suena de verdad, sin palabras de relleno—. Sé que no está bien. Pero Poppy, escúchame. Llevas meses sin respirar. Llevas meses trabajando hasta las nueve, sola en ese piso, sin hacer nada que no sea trabajar o pensar en Daniel o trabajar un poco más. Necesitas ir. Necesitas ese lago aunque haya un desconocido en la habitación de al lado.

No digo nada.

— Además ya está pagado — añade, y puedo oírle la sonrisa—. No puedo devolver el dinero.

— Eso es chantaje emocional.

— Es presupuesto ajustado. Hay una diferencia.

Cuelgo. Luego la llamo otra vez porque me he dejado preguntarle algo importante.

— ¿Cómo se llama?

— Logan — repite Sophie—. Logan Bond.

Me quedo un momento con el teléfono en la mano.

— Como James Bond.

— Sí — dice Sophie, y ahora sí que se ríe abiertamente—. Exactamente como James Bond.

Cuelgo por segunda vez.

Me termino el café frío.

Y esa noche, cuando llego a casa, abro el armario y empiezo a sacar ropa de verano.

Capítulo 3



El tren a Windermere sale a las nueve y cuarto de Euston y yo llego a las nueve y doce, que es lo más cerca del límite que me he permitido en años. Normalmente soy de las de cuarto de hora de margen mínimo, de las que ya están sentadas con el billete en la mano cuando anuncian el andén. Hoy llego corriendo con la maleta golpeándome el talón en cada paso y el café en la mano derecha derramándose un poco con cada zancada.

Es un comienzo prometedor.

El tren está casi lleno pero encuentro sitio junto a la ventana, que interpreto como una señal del universo de que las cosas van a ir bien, o al menos como una señal de que no van a ir peor de lo que ya han ido esta mañana, que incluye el despertador que no sonó, el taxi que llegó tarde y el descubrimiento de que había metido en la maleta dos zapatos del pie izquierdo.

Dos zapatos del pie izquierdo.

Treinta años y dos zapatos del pie izquierdo.

Sophie me ha enviado dieciséis mensajes desde ayer. Los he leído todos y no he contestado ninguno, lo cual sé que es infantil pero me produce una satisfacción tranquila y sostenida que no estoy

dispuesta a abandonar todavía. El último decía "avísame cuando llegues por favor y también cuando lo conozcas y también después de conocerlo con todos los detalles", que resume bastante bien la diferencia entre cómo vive Sophie las cosas y cómo las vivo yo.
Ella ve una aventura.
Yo veo dos semanas compartiendo cocina con un desconocido.
Fuera, Londres va desapareciendo despacio, primero los edificios y luego los polígonos y luego esa zona indefinida de las afueras donde las cosas son más verdes pero todavía no son campo del todo. Me gusta ese momento. Siempre me ha gustado, desde pequeña, cuando mi madre decía ya estamos saliendo y yo me pegaba a la ventanilla a ver cómo la ciudad se rendía.
Cierro los ojos un momento.
Tres horas y media de tren.
Puedo con eso.
Lo que no puedo, descubro, es con el autobús local que va desde la estación hasta el pueblo, que tarda cuarenta minutos, huele a perro mojado aunque no hay ningún perro a la vista y para en cada cruce de caminos con una paciencia que en otro contexto admiraría. Llego al pueblo con la maleta, el bolso, los dos zapatos del pie izquierdo y una dirección en el móvil que me lleva por una carretera secundaria bordeada de árboles durante veinte minutos a pie.
Veinte minutos.
Con la maleta.
Cuando por fin veo la cabaña entiendo por qué Sophie gastó lo que gastó.
Es pequeña y de piedra, con el tejado algo inclinado y una terraza de madera que da directamente al lago. Hay una barca amarrada al embarcadero que parece llevar ahí desde siempre, de esas que nadie usa pero que quedarían mal quitarlas. El agua está quieta a esta hora de la mañana, de un azul grisáceo que no se parece a ningún otro azul, y los árboles al otro lado del lago son tan verdes que parecen irreales, de esos verdes que solo existen en Inglaterra cuando Inglaterra decide ser generosa.
Me quedo parada un momento con la maleta en la mano.
Vale.

Entiendo lo de Sophie.
La llave está donde dijeron que estaría, debajo de una maceta de geranios junto a la puerta, y la cerradura cede al segundo intento. Dentro huele a madera y a algo limpio, a casa que lleva un tiempo cerrada pero que alguien ha ventilado antes de que llegara. Hay una cocina pequeña con una mesa de dos sillas, un salón con un sofá y una chimenea que en julio no tiene ningún sentido pero que de todas formas me alegra ver, y al fondo un pasillo corto con dos puertas.
Dos habitaciones.
Las dos cerradas.
Dejo la maleta en el salón y me asomo a la terraza. El lago desde aquí es todavía más quieto, más real. Una gaviota cruza de un lado a otro sin prisa. En algún sitio entre los árboles canta algo que no sé identificar pero que suena exactamente como debería sonar este lugar.
Respiro.
Por primera vez en semanas, respiro de verdad.
Luego escucho la ducha.
Me quedo inmóvil con la mano en la barandilla de la terraza.
La ducha. Corriendo. En una de las dos habitaciones del fondo. A las doce y cuarto del mediodía de un martes de julio.
Logan Bond está aquí.
Vuelvo al salón, me siento en el sofá y miro la puerta del pasillo como si fuera a darme alguna información útil. No me la da. La ducha sigue corriendo. Me pregunto si debería hacer ruido, anunciarme de alguna manera, o si debería simplemente quedarme aquí sentada esperando a que salga y fingir que estoy perfectamente cómoda con la situación, que es exactamente lo contrario de lo que estoy.
La ducha para.
Silencio.
Pasos.
La puerta del fondo se abre.
El hombre que aparece en el pasillo es alto, tiene el pelo oscuro todavía húmedo y lleva una camiseta gris y vaqueros como si

hubiera tenido todo el tiempo del mundo para vestirse, que supongo que es porque creía que lo tenía. Se para cuando me ve. Yo me paro también, aunque yo ya estaba parada.

Nos miramos.

— Hola — digo, porque alguien tiene que decir algo y aparentemente voy a ser yo.

— Hola — dice él.

Pausa.

— Poppy Hartwell — digo.

— Logan Bond — dice él.

Y entonces, sin poder evitarlo, sin quererlo, sin haberlo planeado en absoluto, me río. No es una risa grande ni educada ni controlada. Es una risa corta y real que se me escapa antes de que pueda hacer nada con ella.

Él me mira.

— James Bond — digo, a modo de explicación.

— Sí — dice él, con una paciencia que sugiere que no es la primera vez—. Como James Bond.

Lo siento.

— No lo sientes.

Tiene razón. No lo siento.

Se queda mirándome un momento más, con una expresión que no termino de leer, y luego pasa al salón, abre la nevera, saca una botella de agua y bebe directamente de ella con el aplomo de alguien que lleva aquí suficiente tiempo como para sentir que el sitio es suyo.

Lo cual, supongo, es exactamente el problema.

Capítulo 4



Sabía que iba a llegar.
Eso es lo primero que pienso cuando la veo sentada en mi sofá, bueno, en el sofá, con la maleta a sus pies y esa expresión de alguien que está intentando parecer más tranquila de lo que está. Sabía que iba a llegar porque la aplicación me envió un mensaje la semana pasada diciéndome que la otra habitación estaba ocupada a partir del martes, lo cual leí, archivé mentalmente y decidí no pensar demasiado porque pensar demasiado en las cosas es precisamente lo que vine aquí a dejar de hacer.
Lo que no sabía es que iba a reírse de mi nombre.
Todo el mundo reacciona al nombre. Está la versión educada, que es una ceja levantada y un silencio de medio segundo antes de seguir con la conversación. Está la versión menos educada, que es la sonrisa que la gente intenta controlar y no siempre consigue. Y luego está la versión de Poppy Hartwell, que es reírse directamente, sin disculpas, con una risa pequeña y completamente real que no ha intentado disimular en absoluto.
No sé por qué eso me parece más honesto que todo lo demás.
Bebo agua y la miro de reojo mientras ella mira el lago por la ventana. Tiene el pelo recogido de cualquier manera, como si lo hubiera hecho en el tren sin espejo, y lleva una chaqueta que

claramente no es de andar por el campo. Tiene pinta de haber llegado corriendo, de esas personas que siempre llegan justo a tiempo o justo tarde y que han aprendido a vivir en ese margen.

— ¿Cuándo llegaste? — le pregunto.

— Hace diez minutos — dice sin girarse—. He oído la ducha.

— Debería haber puesto música.

— Probablemente.

Se gira. Tiene los ojos de un color que desde aquí no termino de definir, algo entre verde y marrón que cambia según dónde pone la mirada, y una expresión que dice claramente que está calculando algo, aunque no sé el qué.

— ¿Llevas mucho aquí? — pregunta.

— Cuatro días.

Asiente despacio, como procesando información.

— ¿Y sabías que yo venía?

— Me avisaron la semana pasada.

— ¿Y no dijiste nada?

— ¿A quién?

Se queda un momento sin respuesta, lo cual interpreto como que me da la razón aunque claramente no está disfrutando de hacerlo.

— A la aplicación — dice finalmente—. A mi amiga. A alguien.

— No era mi problema avisar — digo, y lo digo sin mala intención, que es la verdad—. Tú tienes tu habitación, yo tengo la mía. La cocina es de los dos. La terraza también. El lago no es de nadie.

Me mira.

— Qué generoso — dice.

— Lo intento.

Lo que no le digo es que los cuatro días antes de que llegara fueron exactamente lo que necesitaba. Me levantaba cuando me despertaba, que normalmente era tarde porque aquí no hay nada que te obligue a madrugar. Tomaba café en la terraza con los pies en la barandilla y miraba el lago hasta que el lago dejaba de parecerme

una postal y empezaba a parecerme real. Luego cogía el cuaderno y escribía, o intentaba escribir, o miraba el cuaderno con la misma energía con la que el cuaderno me miraba a mí, que era ninguna.
Llevo cinco meses sin escribir nada que valga la pena.
Eso tampoco se lo digo.
Hay cosas que no se le cuentan a una desconocida el primer día, especialmente si esa desconocida va a estar durmiendo a cuatro metros de distancia durante las próximas dos semanas y ya tiene una opinión formada sobre ti basada en tu nombre y en el hecho de que bebes agua directamente de la botella.
Poppy Hartwell pasa la tarde deshaciendo la maleta, que sé porque escucho cajones abriéndose y cerrándose en la habitación de al lado con una regularidad que sugiere un sistema. Es de las que doblan la ropa. Lo sé sin haberlo visto. También es de las que hacen la cama nada más levantarse y de las que organizan las cosas en la nevera por categorías, lo cual confirmo cuando bajo a buscar algo de comer y encuentro que el estante de arriba ha sido reorganizado sin que nadie le pidiera permiso a nadie.
En el estante de arriba, perfectamente alineados, hay un yogur, dos manzanas y algo envuelto en papel que no sé lo que es.
Mis cosas están en el estante de abajo, que es donde siempre han estado y donde van a seguir estando.
Lo dejo pasar.
La primera cena es un ejercicio de educación británica en su forma más pura, que es la educación que consiste en no mencionar nada de lo que los dos estamos pensando.
Ella cocina pasta. Hace suficiente para dos sin preguntarme si quiero, lo cual podría ser un gesto amable o podría ser que simplemente calcula por defecto para más de una persona. Le doy las gracias. Ella dice que no hay de qué. Comemos mirando el lago por la ventana porque la mesa tiene dos sillas y ponerlas en cualquier otra dirección requeriría una conversación que ninguno de los dos está listo para tener.

— ¿A qué te dedicas? — pregunta a mitad de la pasta.

— Escribo — digo.

— ¿El qué?
— Novelas.

Asiente. No pregunta títulos, no pregunta géneros, no hace la pregunta que hace todo el mundo que es ¿y de qué va? con esa energía de quien en realidad no quiere saberlo. Me limita a asentir y vuelve a la pasta, y eso, por alguna razón que no analizo demasiado, me parece bien.

— ¿Y tú? — pregunto.
— Asesora fiscal.
— Ah.
— Todo el mundo dice ah.
— Es que es un ah neutro.
— Es un ah de qué aburrido.
— Es un ah de no sé qué decir después de eso — la corrijo —. Hay una diferencia.

Me mira. Por primera vez desde que ha llegado, algo en su expresión cambia ligeramente, como si hubiera esperado otra respuesta y esta la hubiera cogido un poco descolocada.

— Logan Bond — dice despacio, como probando cómo suena—. El escritor.
— Sí.
— ¿Y qué hace un escritor en una cabaña en el Lake District en julio?
— Lo mismo que una asesora fiscal — digo—. Intentar recordar quién era antes de que el trabajo se lo comiera todo.

Silencio.

Fuera, el lago se está poniendo del color del atardecer, ese naranja que no dura más de veinte minutos pero que mientras dura parece que va a durar siempre.

Poppy Hartwell me mira un momento y luego mira el lago.

— Buena respuesta — dice en voz baja.

No digo nada.

Terminamos la pasta en silencio, pero es un silencio distinto al del principio. Más ligero. Como si algo, sin que ninguno de los dos lo

hubiera decidido, hubiera cedido un poco.
Solo un poco.

Capítulo 5



Me despierto sin saber dónde estoy.
Eso no me pasa nunca. Soy de las que abren los ojos y ya están, ya están presentes, ya están pensando en lo primero del día antes de haber apartado la sábana. Mi cerebro no tiene modo de transición, no tiene ese margen de gracia que tienen algunas personas que necesitan un minuto para aterrizar. Yo aterrizo inmediatamente y con precisión, como un avión que lleva años haciendo la misma ruta.
Pero esta mañana abro los ojos y hay luz en un ángulo que no reconozco, y el techo es de madera en vez de blanco, y fuera hay un sonido que no es Londres, que no es el tráfico ni la gente ni el pitido lejano del metro, sino algo mucho más quieto que tardo tres segundos en identificar.
Agua.
El lago.
Cierro los ojos otra vez.
Los vuelvo a abrir.
Sigo aquí.

Son las siete y cuarto, que para mí en Londres es tarde pero que aquí, donde no hay ningún sitio al que llegar a ninguna hora, se siente como madrugar. La cabaña está en silencio, lo cual significa

que Logan Bond todavía duerme o que es de los que se mueven sin hacer ruido, que también encajaría con lo poco que sé de él, que es básicamente nada más lo de anoche.
Novelas. Lake District. Intentar recordar quién era antes de que el trabajo se lo comiera todo.
Esa última parte me la dijo mirando el lago, no a mí, como si lo estuviera pensando en voz alta más que explicándomelo, y no sé por qué eso me pareció más sincero que si me hubiera mirado a los ojos.
Me hago un café y salgo a la terraza con el jersey que encontré encima de la silla, que es mío aunque está arrugado de una manera que en Londres no me habría permitido. El lago a esta hora es completamente distinto al de anoche. Más plateado, más frío, con una neblina baja que flota sobre el agua como si todavía no hubiera decidido del todo si quedarse o marcharse. En la orilla de enfrente hay un pato, o quizás dos, no tengo suficiente luz para contarlos bien.
Me siento en el escalón de la terraza con el café entre las manos.
No pienso en nada.
O lo intento.
El problema de no pensar en nada es que el cerebro, cuando le quitas los informes y los correos y las listas y las reuniones de los lunes, no se queda vacío. Se llena de otras cosas. De las cosas que lleva meses esperando en la cola mientras el trabajo ocupaba todo el espacio disponible.
Daniel, por ejemplo.
No es que eche de menos a Daniel. Eso lo tengo claro desde hace tiempo, más o menos desde aquella noche de octubre en que me dijo lo del espacio y yo me fui a la cocina a hacer té porque no sabía qué otra cosa hacer con las manos y mientras esperaba a que hirviera el agua me di cuenta de que lo que sentía no era exactamente dolor sino algo más parecido al alivio, lo cual me pareció entonces y me sigue pareciendo ahora una información bastante reveladora sobre lo que era esa relación.
Lo que echo de menos es la versión de mí que existía antes de que la relación se volviera tan complicada. La que salía los sábados sin

planificarlo. La que cogía el teléfono cuando llamaban sin revisar primero quién era. La que no hacía listas de pros y contras antes de tomar ninguna decisión, incluyendo qué pedir en un restaurante.
Esa Poppy se fue perdiendo tan despacio que no me di cuenta hasta que ya no estaba.
El café se está enfriando. Lo sé y no hago nada al respecto.

Logan aparece a las nueve menos cuarto.
Lo escucho antes de verlo, pasos en la cocina, el ruido de la cafetera, un cajón que se abre y se cierra. Luego la puerta de la terraza y él ahí, con el mismo aspecto de anoche pero con el pelo seco, una taza en la mano y esa manera de moverse que tienen las personas que ocupan el espacio sin pedirle permiso a nadie.
Me mira.
Mira mi taza.

— ¿Cuánto llevas aquí fuera? — pregunta.
— Un rato.
— El café está frío.
— Lo sé.

No dice nada más. Se sienta en la silla de la terraza, la única silla que hay, lo cual me deja a mí en el escalón, que es donde estaba y donde estoy bien, y mira el lago con la misma atención con la que yo lo he estado mirando la última hora.
El silencio entre nosotros esta mañana es distinto al de anoche. Anoche era el silencio de dos desconocidos que no saben todavía qué decirse. Este es más cómodo, o quizás simplemente más honesto, el silencio de dos personas que no tienen nada urgente que decir y que por una vez no sienten la necesidad de rellenarlo con palabras.
Pasan diez minutos.

— ¿Siempre madrugas? — pregunta.
— En Londres sí. Aquí no lo sé todavía, es mi primer día.
— El primer día aquí el lago te despierta — dice—. Luego te acostumbras y empiezas a dormir hasta tarde.
— ¿Cuánto tarde?

Se encoge de hombros.

— Ayer hasta las nueve. El día antes hasta las nueve y media.

— Eso no es tarde.

— Para mí sí.

Lo miro un momento. Tiene los ojos fijos en el agua y una expresión que no es exactamente tranquila pero que se le parece, como alguien que está aprendiendo a estarlo.

— ¿Estás escribiendo? — le pregunto—. Mientras estás aquí, digo.

Tarda un segundo en contestar.

— Intento — dice.

— ¿Y funciona?

— Todavía no.

Asiento. No pregunto más porque hay algo en cómo lo dice que sugiere que ya ha dicho todo lo que quería decir sobre el tema, y respeto eso porque yo también tengo cosas sobre las que no quiero que me pregunten más.

El lago sigue ahí, quieto y enorme y completamente indiferente a los dos.

— Voy a ir al pueblo esta mañana — digo después de un rato—. Me faltan cosas. ¿Necesitas algo?

Me mira entonces, y es la primera vez esta mañana que me mira de verdad, no de reojo sino directamente, con esos ojos oscuros que anoche tampoco supe muy bien cómo leer.

— ¿Vas andando?

— Supongo. No tengo coche.

— Yo tengo coche — dice.

Silencio.

— ¿Es una oferta? — pregunto.

— Es una información — dice—. Haz con ella lo que quieras.

Lo miro. Él me mira. En algún sitio entre los árboles vuelve a cantar ese pájaro que ayer tampoco supe identificar.

— De acuerdo — digo finalmente—. Gracias.

Se levanta, entra, deja la taza en la cocina y vuelve a salir con las llaves en la mano como si la decisión ya estuviera tomada desde antes de que yo dijera nada, lo cual probablemente sea verdad.

— Cinco minutos — dice.

— Dame diez.

— Siete — dice, y entra.

No sé si es una concesión o una negociación, pero me levanto, cojo la taza de café frío y entro a cambiarme con algo que no termino de identificar pero que se parece bastante a las ganas de sonreír.

No sonrío.

Pero casi.

Capítulo 6



Poppy Hartwell tarda doce minutos.
No digo nada cuando sale porque no es el tipo de cosa sobre la que merece la pena decir nada, pero lo anoto mentalmente con la misma precisión automática con la que anoto otras cosas que no debería estar anotando, como que se ha cambiado el jersey arrugado por uno azul que le queda mejor, o que lleva el pelo suelto ahora, o que camina hacia el coche con una lista en la mano escrita en papel, a mano, en letra pequeña y ordenada.
Una lista en papel.
En 2024.

— ¿Siempre haces listas? — le pregunto cuando arranca el coche.

Me mira como si la pregunta fuera más personal de lo que pretendía ser.

— Siempre — dice.
— ¿Para todo?
— Para casi todo.
— ¿Y funciona?

Se gira a mirarme un momento antes de volver los ojos a la carretera.

— Me lo estoy preguntando últimamente — dice.

No pregunto más. La carretera desde la cabaña hasta el pueblo es estrecha y está bordeada de muros de piedra seca que en otro contexto parecerían pintorescos y en este contexto requieren cierta atención si no quieres llevarte el retrovisor por delante. Conozco ya cada curva de estos cuatro días, cada bache, el tramo donde los árboles se juntan sobre la carretera y hacen un túnel verde que a cierta hora de la mañana tiene una luz que no se parece a ninguna otra.

Poppy mira por la ventana con la lista en el regazo.

— Es bonito — dice en voz baja, casi para sí misma.

— Sí.

— No había estado nunca en el Lake District.

— ¿En serio?

— En serio. — Pausa—. Llevo seis años en Londres y no he salido casi nunca. O sea, he salido, pero siempre con un motivo. Una boda, una conferencia, algo. Nunca así.

—¿Nunca así cómo?

—Sin motivo — dice—. Bueno, con motivo de cumpleaños, pero sin agenda. Sin saber exactamente qué voy a hacer cada día.

Lo dice como si fuera una confesión menor, algo que no debería importar pero que le importa más de lo que quiere que parezca.

— ¿Y cómo se siente? — pregunto.

Tarda en responder. Fuera pasa un muro de piedra, luego otro, luego el primer tejado del pueblo asomando entre los árboles.

— Raro — dice—. Pero no mal.

El pueblo tiene lo que tienen todos los pueblos del Lake District, que es exactamente lo que necesitan y nada más: una tienda de alimentación que vende desde pan hasta botas de senderismo, un pub con la puerta abierta aunque son las diez de la mañana, una oficina de turismo con folletos de rutas en el escaparate y tres o

cuatro personas que caminan sin prisa por una calle que no tiene ningún sitio urgente al que llevar.
Aparco frente a la tienda.
Poppy baja con su lista y entra con la energía de alguien que tiene un plan, que es lo más Poppy Hartwell que he visto hasta ahora. La sigo porque necesito café molido y porque el pan que compré el lunes ya no está en su mejor momento.
Dentro la observo de reojo mientras ella recorre los estantes con la lista en la mano, tachando cosas con un bolígrafo que ha sacado de no sé dónde. Hay algo hipnótico en cómo lo hace, esa eficiencia tranquila, ese orden. Es el tipo de persona que en una tienda desconocida encuentra las cosas a la primera, que nunca tiene que volver al mismo estante dos veces.
Yo llevo aquí cuatro días y todavía no sé dónde están las servilletas.

— ¿Café? — me pregunta sin mirarme, señalando el estante que tengo delante.

El café está justo delante de mí.

— Gracias — digo.

— De nada. — Entonces me mira, y hay algo en su expresión que no es burla exactamente pero se le acerca—. ¿Llevas cuatro días aquí y no sabes dónde está el café?

— Sé dónde está el café.

— Estabas mirando las servilletas.

— Estaba pensando.

— ¿En las servilletas?

— En otras cosas.

Se ríe. Es una risa breve, contenida, de las que se escapan antes de que uno pueda decidir si dejarlas salir o no, y me doy cuenta de que es la segunda vez que la escucho reírse y que las dos veces ha sido sin querer, sin preparación, sin ese barniz de educación que la gente pone encima de las cosas cuando todavía no se conoce bien.
Me gusta esa risa.
Eso tampoco lo anoto. Pero lo pienso.

De vuelta en el coche hay más silencio, pero es el silencio de después de haber hecho algo juntos, aunque lo que hemos hecho sea tan pequeño como comprar café y pan en una tienda de pueblo. Poppy tiene las bolsas en el regazo y mira la carretera con una expresión más relajada que esta mañana, como si el pueblo y la tienda y los muros de piedra hubieran ido haciendo algo despacio, sin prisa, sin que ella lo pidiera.

— ¿En qué estás trabajando? — me pregunta cuando ya vemos el lago entre los árboles—. Si puedo preguntarlo.

— Puedes.

— Pero no vas a contestar.

— Voy a contestar — digo—. Es una novela. La tercera. Las dos primeras funcionaron bien y esta lleva meses sin querer salir.

— ¿Por qué?

— Esa es la pregunta.

— ¿Y tienes respuesta?

Aparco frente a la cabaña y apago el motor. El lago está ahí, exactamente igual que cuando nos fuimos, exactamente igual que ayer y que el día anterior, con esa indiferencia tranquila que tienen los sitios que llevan existiendo mucho más tiempo que cualquiera de los dos.

— Creo que escribí las dos primeras desde un sitio que ya no existe — digo—. Y todavía no he encontrado el sitio nuevo.

Silencio.

Poppy tiene la mano en la manija de la puerta pero no la abre todavía.

— Eso tiene mucho sentido — dice en voz baja.

— ¿Sí?

— Sí. — Pausa—. Yo llevo tres años haciendo el mismo trabajo de la misma manera y últimamente tengo la sensación de que el sitio desde el que lo hacía también ha dejado de existir. Solo que en mi caso es más difícil de admitir porque los números no mienten y los informes salen

igual de bien aunque tú por dentro estés funcionando en modo automático.

Lo dice mirando el lago, no a mí, igual que yo anoche.

Abro mi puerta.

— Ven — digo—. El café lo pongo yo.

Me mira.

— ¿Sabes dónde está? — pregunta.

— Sé dónde está el café — digo con toda la dignidad que me queda.

Se ríe otra vez, y esta vez no lo contiene.

Bajamos del coche y entramos a la cabaña con las bolsas de la compra y algo que no tenía nombre todavía pero que esa mañana, entre los muros de piedra y el túnel verde y las servilletas, había empezado a parecerse a algo.

Capítulo 7



Sophie me llama a las once y media con la puntualidad de alguien que ha estado mirando el reloj desde las nueve esperando que fuera una hora razonable.

Estoy en la terraza con el segundo café del día, los pies en la barandilla y una novela que compré en la estación y que llevo veinte minutos fingiendo leer mientras en realidad miro el lago, cuando vibra el teléfono y aparece su foto en la pantalla. La foto que le hice hace dos años en una barbacoa en casa de Megan donde salió con una hamburguesa en cada mano y una expresión de felicidad absoluta y sin complejos que me parece la foto más Sophie que existe.

La dejo vibrar un momento.

Luego lo cojo.

— Estás viva — dice antes de que yo diga nada.

— Estoy viva.

— ¿Y?

— ¿Y qué?

— Poppy. — Su voz tiene ese tono, el de cuando quiere información y sabe que va a tener que sacarla con cucharilla —. ¿Cómo es?

Miro el lago. Al otro lado, muy lejos, hay una persona en kayak que desde aquí parece un punto naranja moviéndose despacio.

— El lago es precioso — digo.

— No te pregunto por el lago.

— Ya lo sé.

Silencio breve.

— Poppy.

— Es alto — digo—. Tiene el pelo oscuro. Es escritor. Bebe agua directamente de la botella y esta mañana me ha llevado al pueblo en coche porque yo no tenía.

Silencio al otro lado. Puedo escuchar a Sophie procesando cada palabra con la energía de alguien que está construyendo una narrativa romántica en tiempo real.

— ¿Os habéis llevado bien? — pregunta, y en su voz hay una esperanza tan transparente que casi me da pena.

— Nos hemos llevado — digo—. No hemos discutido, si es lo que preguntas.

— No es exactamente lo que pregunto.

— Ya lo sé.

— ¿Es guapo?

Me quedo un momento con la pregunta en el aire, mirando el punto naranja del kayak que ya ha llegado al otro lado del lago.

— Sophie — digo.

— Es una pregunta objetiva.

— No lo es.

— Es una pregunta estética. Completamente neutral.

— No hay nada neutral en esa pregunta viniendo de ti en este momento.

Suspira. Es un suspiro dramático, de los cultivados, de los que llevan años de práctica.

— Solo dime si te alegras de estar ahí — dice, y esta vez el tono es diferente, más suave, sin la energía de quien quiere cotillear sino la de quien quiere saber de verdad.

Miro el lago. El café. La novela que no he leído. Los árboles al otro lado que son de ese verde que solo existe aquí.

Pienso en esta mañana, en el túnel de árboles sobre la carretera, en las servilletas, en la risa que se le escapó a Logan Bond en el coche de vuelta.

— Sí — digo—. Me alegro de estar aquí.

Silencio.

— Bien — dice Sophie en voz baja—. Eso es todo lo que necesitaba saber.

— No te emociones.

— No me emociono.

— Sophie.

— Estoy perfectamente tranquila.

—Estás llorando.

—Son lágrimas de alivio, que es completamente diferente.

Cuelgo con algo que no es exactamente una sonrisa pero que desde fuera probablemente lo parece, y me quedo mirando el lago otros cinco minutos antes de abrir por fin la novela en la página uno.

Logan pasa la mañana dentro.

Lo sé porque la puerta de su habitación está cerrada y de vez en cuando escucho el sonido de una silla moviéndose o unos pasos cortos de un lado a otro, el tipo de pasos que no van a ningún sitio sino que son el movimiento de alguien que está pensando, que está buscando algo dentro de su cabeza y camina para encontrarlo.

Conozco esos pasos. Los he dado yo misma en el piso de Londres cuando un informe no cuadraba y la solución estaba en algún sitio pero no donde yo estaba mirando.

A la una y cuarto sale.

Tiene el aspecto de alguien que ha estado peleando con algo y no ha ganado del todo pero tampoco ha perdido del todo, que es quizás el resultado más honesto que existe.

— ¿Comemos? — dice.

No *¿tienes hambre?* No *¿qué vas a hacer para comer?* Solo *¿comemos?*, con esa economía de palabras que al principio me pareció brusquedad y que ahora, después de menos de veinticuatro horas, empiezo a entender que es simplemente cómo habla.

— ¿Tú cocinas? — pregunto.

— Algo.

— ¿Algo como qué?

— Algo como huevos — dice—. O pasta. O huevos con pasta si te pones exigente.

— Eso no es cocinar, eso es sobrevivir.

— La diferencia es más pequeña de lo que crees.

Me levanto del escalón de la terraza, recojo el café frío que no he terminado y la novela que no he leído y entro detrás de él.

— Yo cocino — digo—. Tú pones la mesa.

— ¿Dónde están los platos?

Lo miro.

— Llevas cuatro días aquí.

— Ya — dice, completamente imperturbable—. ¿Dónde están los platos?

Señalo el armario de la izquierda sin decir nada. Él lo abre, saca dos platos con la naturalidad de quien acaba de aprender algo que no tiene ninguna intención de olvidar, y los pone en la mesa mientras yo abro la nevera y decido que con lo que hay puedo hacer algo que se parezca a una comida de verdad.

Trabajamos en silencio, pero es un silencio que ya tiene forma propia, que ya tiene un ritmo, como si lleváramos más de un día haciéndolo.

Eso me parece, si soy honesta, un poco inquietante.

Y si soy todavía más honesta, no del todo mal.

Capítulo 8



Escribo tres frases por la tarde.
Tres frases en cuatro horas, lo cual es un récord, aunque no del tipo que uno enmarca y cuelga en la pared. Las escribo, las leo, las borro, las vuelvo a escribir casi igual y las dejo estar porque en algún momento hay que dejar de pelear con las palabras y aceptar que hoy no van a ir a ningún sitio que no hayan ido ya.
El problema no son las palabras. El problema es que la historia que intento contar requiere que yo sepa algo que todavía no sé, que es cómo se siente uno cuando pierde algo que creía que iba a durar siempre. Lo sé de manera intelectual, lo sé de la manera en que uno sabe las cosas que ha leído o que le han contado, pero escribirlo de verdad, escribirlo de manera que quien lo lea lo sienta en algún sitio físico y concreto, eso requiere haberlo vivido desde dentro.
Y yo lo viví hace dos años y todavía no he encontrado las palabras para ello.
Eso tampoco se lo he contado a nadie.
Cierro el cuaderno, que es donde escribo los primeros borradores porque el ordenador me pone en modo de producción y lo que necesito ahora no es producir sino encontrar, y salgo al salón.

Poppy está en el sofá con la novela que esta mañana no leía y que ahora sí lee, o al menos tiene los ojos en las páginas y no en el lago, lo cual es un avance. Tiene los pies recogidos debajo de ella y una taza de té en la mesita que por el color lleva un rato ahí. No levanta la vista cuando entro, lo cual agradezco de una manera que no esperaba, porque hay personas cuya presencia exige atención y hay personas que simplemente están y las dos cosas son completamente distintas.

Poppy Hartwell, descubro, es de las segundas.

Abro la puerta de la terraza y salgo.

El lago a esta hora de la tarde tiene una luz lateral que lo cambia todo, esa luz de las cinco o las seis que viene de un ángulo bajo y hace que el agua parezca sólida, casi como metal fundido. Me apoyo en la barandilla y lo miro sin pensar en nada concreto, que es lo más parecido a descansar que conozco.

Hace dos años habría estado aquí con Claire.

Ese pensamiento aparece sin que lo invite, como aparecen siempre los pensamientos sobre Claire, con esa tranquilidad un poco tramposa de las cosas que ya no duelen de manera aguda sino de manera sorda y constante, como una muela que has aprendido a no tocar.

Claire habría traído vino. Habría querido hacer fotos del lago a esta hora porque la luz era buena, habría dicho que teníamos que volver en otoño cuando los colores cambiaran, habría planeado la próxima vez antes de que esta terminara. Claire siempre estaba en la siguiente cosa, en el siguiente viaje, en el siguiente proyecto, y yo creí durante cuatro años que eso era entusiasmo y luego un día me di cuenta de que era otra cosa, que era una manera de no quedarse quieta en ningún sitio, incluido conmigo.

Se fue en marzo.

No de manera dramática, sin gritos y sin escenas, que habría sido casi más fácil de procesar. Se fue de la manera en que se van las cosas que llevan tiempo yéndose sin que nadie lo diga en voz alta, con una conversación tranquila en la cocina un domingo por la mañana mientras el café se hacía, y cuando terminó la conversación el café estaba listo y ninguno de los dos lo bebió.

Escribí una novela después de eso.
La escribí rápido y con una claridad que no había tenido antes, como si el dolor hubiera limpiado algo, hubiera quitado capas de ruido y dejado solo lo esencial. Fue la mejor cosa que había escrito hasta entonces y también la más difícil.
Y ahora estoy aquí intentando escribir la siguiente y el pozo está seco.
La puerta de la terraza se abre detrás de mí.
Poppy sale con su taza de té, ve que estoy en la barandilla, y se para un momento como evaluando si interrumpe algo.

— Sigo — digo, sin girarme.

Se apoya en la barandilla a mi lado, no demasiado cerca, con ese instinto que tiene de respetar el espacio sin que nadie se lo pida.
Miramos el lago los dos.

— ¿Mejor? — pregunta después de un rato.

— ¿Que esta mañana?

— En general.

Pienso en las tres frases. En Claire. En el pozo seco.

— No peor — digo.

— A veces es suficiente.

Lo dice con la convicción de alguien que lo ha pensado de verdad, no como consuelo sino como conclusión propia, y eso hace que suene completamente diferente a como sonaría en boca de otra persona.

— ¿Tú cómo estás? — le pregunto.

Me mira de reojo.

— ¿Yo?

— Tú. Llevas un día aquí y no te he preguntado.

— Me preguntaste esta mañana en el coche.

— Te pregunté por el lago. No por ti.

Silencio. Poppy mira el agua con una expresión que reconozco, la de alguien que no está acostumbrado a que le hagan esa pregunta y no sabe muy bien qué hacer con ella.

— Estoy bien — dice.

— Eso no es una respuesta.

— Es la respuesta que tengo de momento.

— De acuerdo.

No insisto. El lago hace lo que hace el lago, que es estar ahí con toda su indiferencia magnífica, y nosotros lo miramos los dos desde la barandilla mientras la luz cambia despacio y los árboles del otro lado se van poniendo más oscuros.

— ¿Sabes cómo se llama ese pájaro? — pregunta Poppy de repente—. El que canta por las mañanas.

— Un petirrojo — digo—. Aunque podría ser un mirlo, dependiendo de la hora.

— ¿Sabes distinguirlos?

— Aprendí esta semana.

Me mira.

— ¿Cómo?

— Busqué en Google — digo.

Se ríe. Esa risa otra vez, la que no planea, la que simplemente ocurre.

— Llevas cuatro días aquí — dice—, no sabes dónde están los platos ni el café, pero sabes distinguir petirrojos de mirlos.

— Tengo prioridades.

— Claramente.

La luz sigue cambiando. En algún sitio entre los árboles el pájaro, petirrojo o mirlo, canta tres notas y para.

Y nos quedamos ahí los dos, en la barandilla, sin decir nada más, hasta que el lago decide que ya es de noche y nos obliga a entrar.

Capítulo 9



Me despierto a las seis y media y no intento volver a dormirme.
Llevo dos días aquí y el lago ya está haciendo algo con mi cerebro, algo lento y sin permiso, como cuando dejas una ventana abierta en invierno y el frío entra tan despacio que no te das cuenta hasta que ya tienes frío. Esta mañana me he despertado sin el peso habitual de los lunes, sin la lista mental de cosas pendientes, sin el runrún de fondo que en Londres está siempre ahí aunque no pienses en nada concreto.
Esta mañana me he despertado y lo primero que he pensado es que quería ver el lago.
Eso es nuevo.
Me hago el café en silencio, con cuidado de no hacer ruido aunque no sé muy bien por qué, y salgo a la terraza con el jersey de siempre y los pies descalzos en la madera fría. El lago a esta hora tiene niebla baja otra vez, esa niebla que flota sin tocar el agua del todo, y el cielo está en ese punto exacto entre la noche y el día donde los colores no han decidido todavía qué ser.
Me siento en el escalón.
Bebo el café.
No hago nada más.

Logan sale a las siete menos diez, que es antes de ayer, y lo primero que hace es mirarme los pies.

— Vas a coger frío — dice.

— Buenos días a ti también.

Entra, sale con su café y se sienta en la silla. Ya es su silla, en dos días se ha convertido en su silla de la misma manera natural e inevitable con que las cosas se convierten en de alguien sin que nadie lo decida.

— ¿Has dormido bien? — me pregunta.

— Mejor que en meses — digo, y es la verdad, y me sorprende un poco decirla en voz alta.

— El lago — dice, como si fuera una explicación suficiente.

— ¿Tú también?

— La primera noche no. Desde entonces sí.

Miramos el agua. La niebla se está moviendo muy despacio, deshilachándose en los bordes donde el sol empieza a calentarla desde abajo.

— ¿Vas a escribir hoy? — le pregunto.

— Voy a intentarlo.

— ¿Qué diferencia hay entre intentarlo y hacerlo?

Me mira con una expresión que no es molestia pero se le acerca.

— Mucha — dice.

— Explícame.

Silencio breve. Logan bebe su café y mira el lago con esa manera suya de tomarse el tiempo que necesita antes de decir algo, que al principio me pareció esquivez y que ahora entiendo que es simplemente que no habla antes de tener claro lo que quiere decir.

— Escribir es cuando las palabras van a algún sitio — dice finalmente—. Intentarlo es cuando te sientas delante del cuaderno y esperas a ver si vienen. A veces vienen. A veces no.

— ¿Y no puedes hacer que vengan?

— No más de lo que puedes hacer que llueva.

Lo pienso un momento.

— Eso suena agotador — digo.

— A veces. Otras veces es lo único que tiene sentido.

Lo dice sin drama, como una constatación, y hay algo en esa honestidad tranquila que me resulta completamente desconocida. La gente en mi mundo, el mundo de los informes y las reuniones y los plazos, no habla así de su trabajo. Habla de objetivos y de resultados y de métricas, habla del trabajo como algo que se hace y se mide y se presenta en una diapositiva. Nadie dice que su trabajo a veces es lo único que tiene sentido.

O si lo sienten, no lo dicen.

— ¿Cuándo supiste que querías escribir? — le pregunto.

— Siempre — dice—. No hubo un momento. Siempre supe que iba a hacerlo, igual que hay personas que saben desde pequeñas que van a tener perros o que nunca van a vivir en el campo. Algunas cosas simplemente se saben.

— Yo no sabía nada desde pequeña — digo.

— ¿Nada?

— Nada de lo que soy ahora. La asesora fiscal, el piso en Londres, todo eso llegó porque era lo que seguía, lo que tenía sentido en cada momento. No porque lo eligiera de verdad.

Lo digo y me quedo un momento con las palabras en el aire, sorprendida de haberlas dicho, porque es algo que he pensado muchas veces y nunca he dicho en voz alta, ni a Sophie, ni a Clara, ni a nadie.

Logan no dice nada durante un momento.

— ¿Y qué habrías elegido? — pregunta.

— No lo sé — digo—. Eso es lo peor. No lo sé.

El lago ha perdido ya casi toda la niebla. Al otro lado los árboles están completamente verdes ahora, ese verde imposible de primera hora de la mañana, y el agua refleja un cielo que ha decidido ser azul.

— Tienes dos semanas — dice Logan, y no sé exactamente qué quiere decir con eso pero tampoco le pregunto, porque a veces las cosas no necesitan ser más concretas de lo que son.

Me termino el café.
Los pies siguen fríos.
No me muevo.
Por la tarde voy andando sola hasta el pueblo.
No porque necesite nada en concreto sino porque necesito moverme, ocupar el cuerpo en algo físico mientras la cabeza hace lo que está haciendo, que es no sé exactamente qué pero algo, algo lento y sin nombre que empezó esta mañana con la conversación de la terraza y que lleva horas moviéndose por algún sitio debajo de los pensamientos normales.
El camino hasta el pueblo entre los muros de piedra y los árboles es distinto andando que en coche. Más lento, más real. Escucho los pájaros, que ahora intento identificar aunque sin el Google de Logan no llego muy lejos. Escucho mis propios pasos en el asfalto. Escucho el silencio que hay entre un sonido y el siguiente, que en Londres no existe, que en Londres el silencio siempre está lleno de algo.
Aquí el silencio está vacío.
Y el vacío, descubro andando entre muros de piedra un martes de julio, no es necesariamente malo.
En el pueblo entro en el pub porque tiene la puerta abierta y dentro hay una mujer de unos sesenta años detrás de la barra que me mira con la mezcla de curiosidad y amabilidad que tienen las personas de los pueblos pequeños cuando ven una cara nueva.

— ¿De visita? — pregunta mientras me pone la cerveza que he pedido sin saber muy bien por qué, porque no suelo beber cerveza a las cinco de la tarde un martes.

— Dos semanas — digo—. En la cabaña junto al lago.

— Ah — dice, con un ah que no es neutral en absoluto—. La cabaña de los Whitmore. ¿Sola?

Pienso en Logan. En su silla. En los platos que no encontraba.

— Más o menos — digo.

La mujer sonríe con la sabiduría específica de alguien que lleva décadas poniendo cervezas y escuchando respuestas de ese tipo.

— El lago hace su trabajo — dice, y se va a atender a otro cliente antes de que yo pueda preguntarle qué quiere decir

exactamente.

Me quedo con la cerveza y la frase y el pub con sus vigas de madera y su olor a historia, y pienso en lo que dijo Logan esta mañana.

Tienes dos semanas.

Sí.

Dos semanas.

A ver qué hace el lago con ellas.

Capítulo 10



Esa noche no duermo bien.
No es el lago, que a estas alturas ya no es el problema. Es la conversación de la mañana, que se ha quedado dando vueltas en algún sitio entre el sueño y la vigilia con esa persistencia que tienen las cosas que tocan algo sin avisarte.
No lo sé. Eso es lo peor. No lo sé.
Lo dijo sin dramatismo, sin buscar compasión, con la misma voz tranquila con que podría haber dicho que iba a llover. Y eso fue lo que me quedó, no las palabras sino la manera, esa honestidad sin adornos de alguien que acaba de decir en voz alta algo que lleva tiempo pensando solo.
Me levanto a las seis porque seguir en la cama ya no tiene ningún sentido.

Poppy no está en la terraza.
Eso me sorprende más de lo que debería, porque llevar dos días viendo a alguien hacer algo no convierte ese algo en una obligación suya. Pero la terraza sin ella tiene esta mañana un aspecto distinto, más silencioso de lo normal, y me quedo un momento en la puerta con el café antes de sentarme en mi silla y decidir que el lago es suficiente compañía.

No lo es del todo, pero casi.

A las siete escucho movimiento en su habitación. Cajones, pasos, el sonido inconfundible de alguien que está buscando algo y no lo encuentra. Luego silencio. Luego la puerta del baño. Luego más silencio.

A las siete y veinte sale.

Lleva el pelo mojado y una expresión de alguien que ha dormido pero no suficiente, de esas personas que se despiertan en mitad de la noche y luego vuelven a dormirse pero el segundo sueño nunca es igual que el primero.

Me mira.

— Has madrugado — dice.

— Tú también.

— Yo no he madrugado, yo no he dormido bien.

Se sienta en el escalón con el café y mira el lago con los ojos entrecerrados, no de sueño sino de esa manera en que se miran las cosas cuando se intenta ver algo que no está del todo claro.

— ¿Qué pasó? — pregunto.

—Nada. El cerebro haciendo cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

Me mira de reojo.

— Las de siempre — dice—. Listas. Cosas pendientes. Conversaciones que tuve hace tres años y que por algún motivo a las tres de la madrugada parecen urgentes.

— ¿Qué conversaciones?

Silencio.

— Una con Daniel — dice finalmente, con el tono de quien nombra algo que preferiría no nombrar.

No pregunto quién es Daniel porque no hace falta. Hay nombres que se dicen de una manera determinada y esa manera lo explica todo.

— ¿Hace mucho? — pregunto.

— Ocho meses. — Pausa—. Bueno, ocho meses desde que terminó. La relación duró tres años.

— ¿Y todavía aparece a las tres de la mañana?

— No él — dice, y lo piensa un momento—. La versión de mí que era con él. Esa es la que aparece. Y no la echo de menos exactamente, es más que no sé qué hacer con ella, si enterrarla del todo o si había algo ahí que vale la pena recuperar.

Lo dice mirando el agua, no a mí, y yo miro el agua también porque a veces las conversaciones importantes son más fáciles cuando los dos miráis al mismo sitio y no el uno al otro.

— ¿Qué había de bueno en esa versión? — pregunto.

Se queda un momento en silencio, de los largos, de los que tienen peso.

— Era menos cuidadosa — dice finalmente—. Hacía cosas sin calcularlas primero. Llegaba tarde a los sitios porque se le olvidaba la hora, no porque el taxi llegara tarde.

— ¿Y qué pasó con ella?

— Que Daniel era muy ordenado — dice, y hay algo en su voz que no es exactamente amargura pero se le parece—. Y yo fui ajustándome. Primero un poco, luego más, luego tanto que cuando él se fue yo ya no sabía muy bien dónde terminaba su orden y empezaba mi desorden natural.

Lo pienso.

— Los dos zapatos del pie izquierdo — digo.

Me mira.

— ¿Qué?

—Cuando llegaste. Dos zapatos del pie izquierdo en la maleta. Me lo dijiste en el tren.

— Ah. — Una pausa—. Sí.

— Eso no lo hace alguien que calcula todo.

Se queda mirándome un momento con una expresión que no termino de leer, algo entre la sorpresa y otra cosa que no sé nombrar todavía.

— No — dice en voz baja—. Supongo que no.

El lago está completamente quieto esta mañana, sin viento, sin kayaks, sin la gaviota de los otros días. Solo el agua y el verde del

otro lado y el cielo que ha decidido ser de un azul que no necesita justificarse.

— Logan — dice Poppy después de un rato.

— ¿Sí?

— ¿Tú también tienes una versión anterior que no sabes qué hacer con ella?

No contesto inmediatamente. Me termino el café y miro el fondo de la taza como si ahí hubiera algo útil.

— Sí — digo.

— ¿Y estás aquí por eso?

— En parte.

Asiente, despacio, sin pedir más, con ese instinto suyo de saber cuándo una respuesta es todo lo que hay y cuándo insistir no llevaría a ningún sitio mejor.

El petirrojo canta tres notas desde los árboles.

Esta vez los dos lo escuchamos sin decir nada.

Y eso, de alguna manera que ninguno de los dos ha planeado ni decidido, es suficiente.

Capítulo 11



Sophie me manda un audio a las once.
No lo escucho inmediatamente porque estoy en la terraza intentando leer y el libro por fin está funcionando, por fin me ha enganchado lo suficiente como para que pasen veinte minutos sin que mire el lago o piense en nada que no sean los personajes de las páginas, que es un logro considerable dado que llevo semanas sin poder concentrarme en nada que no tenga un número o un plazo.
Lo escucho a la hora de comer, mientras espero a que hierva el agua para la pasta.
"Poppy, necesito un update. No del lago, del otro. Del escritor. Sé que estás leyendo esto porque te he visto en línea esta mañana y no me has contestado el mensaje de ayer, que por cierto era un mensaje perfectamente razonable preguntando cómo estabas, no sé por qué lo tratas como si fuera una invasión de privacidad, soy tu mejor amiga, es literalmente mi trabajo preguntarte cómo estás, y..."
El audio dura tres minutos y catorce segundos.
El agua hierve antes de que termine.
Le contesto con un mensaje de texto porque los audios de Sophie generan audios de respuesta y hoy no tengo energía para eso.
Estoy bien. El libro está bien. La pasta está bien.
Tres segundos.

¿Y él?
Me quedo mirando la pantalla con el teléfono en una mano y el paquete de pasta en la otra.
También está bien, escribo.
Eso no es un update, Poppy, eso es una evasión.
Dejo el teléfono boca abajo en la encimera y echo la pasta.
Logan baja a la una menos cuarto con el aspecto de alguien que ha estado peleando con algo toda la mañana y ha llegado a un empate.

— ¿Cómo ha ido? — le pregunto.

Se sienta en la silla de la mesa y se queda mirando la pasta con una expresión que en otra persona parecería hambre y en él parece pensamiento.

— He escrito ocho frases — dice.

— ¿Buenas?

— Cinco.

— Eso es más que ayer.

—Ayer fueron tres.
—Progreso — digo.
Me mira.

— Eres muy optimista para ser asesora fiscal.

— Soy optimista con los números ajenos — digo—. Con los propios soy catastrofista. Es una distinción importante.

Algo en su cara cambia, ese movimiento pequeño que he aprendido a reconocer en dos días, que no es exactamente una sonrisa pero es lo que hay antes de una sonrisa, el momento en que decide si dejarla salir o no.
Esta vez casi la deja.
Comemos la pasta y hablamos de cosas sin importancia, de la mujer del pub y de lo que dijo sobre el lago, de si la barca del embarcadero flota de verdad o es solo decorativa, de si en el pueblo hay algo más que el pub y la tienda de alimentación y la oficina de turismo con los folletos de rutas.

— Hay una librería — dice Logan.

— ¿En serio?

— Pequeña. Al final de la calle principal, pasada la farmacia. Abre solo por las mañanas.

— ¿Cómo sabes tú eso si no sabes dónde están los platos?

— Fui el primer día — dice, completamente imperturbable —. Un escritor siempre encuentra las librerías.

— ¿Como un instinto?

— Como una necesidad.

Lo anoto mentalmente, no en una lista sino en ese sitio donde van las cosas que quiero recordar sin saber todavía por qué.

Por la tarde propongo lo de la barca.

No sé de dónde sale la idea, no es el tipo de cosa que propongo normalmente. Normalmente propongo cosas que tienen un objetivo claro, una razón, un resultado medible. Una barca en un lago un miércoles por la tarde no tiene ninguna de esas cosas.

Pero el lago está ahí, quieto y enorme, y la barca lleva dos días amarrada al embarcadero mirándonos, y de repente me parece una conversación sin terminar.

Logan está en la terraza con el cuaderno cuando salgo.

— ¿Sabes remar? — le pregunto.

Levanta la vista.

— Sí.

— ¿La barca funciona?

La mira.

— Solo hay una manera de saberlo.

Tardamos diez minutos en encontrar los remos, que estaban en un armario del sótano que ninguno de los dos había abierto, y otros cinco en descubrir que la barca tiene un poco de agua dentro pero no suficiente para ser un problema, y que los remos están en mejor estado de lo que parecían.

Logan rema.

Yo no ofrezco hacerlo yo porque él lo ha cogido con esa naturalidad de quien sabe lo que está haciendo y meterse en medio sería solo complicar algo que funciona. Me siento en la proa con los brazos apoyados en los bordes y miro cómo el lago se abre delante de nosotros despacio, cómo la cabaña se va haciendo pequeña detrás,

cómo el agua al lado de la barca es de un verde oscuro y transparente a la vez que no había visto desde aquí dentro.

— ¿Habías remado antes? — le pregunto.

— De pequeño. Mi padre tenía una barca parecida en un lago en Escocia.

— ¿Ibais mucho?

— Cada verano hasta que tuve doce años.

— ¿Y luego?

— Luego dejamos de ir — dice, con ese tono que tiene cuando una respuesta es completa aunque no lo parezca.

No pregunto más.

El lago en el centro es distinto al lago desde la orilla. Más grande, más silencioso, con una perspectiva que lo cambia todo. Desde aquí el pueblo es solo un grupo de tejados entre los árboles, y la cabaña es una mancha cálida en la orilla, y los montes al fondo son más altos de lo que parecían desde tierra.

— Es enorme — digo en voz baja.

— Windermere es el lago más grande de Inglaterra — dice Logan.

— ¿Lo sabías antes de venir o lo buscaste como los petirrojos?

— Las dos cosas — dice, y esta vez sí, la sonrisa sale, pequeña y real y sin que él haga nada por evitarla.

Me quedo mirándola un momento más de lo necesario.

Luego miro el lago.

El agua debajo de nosotros es profunda y quieta y no tiene ninguna prisa, y la barca se mueve despacio en el centro de todo ese azul, y por un momento, solo un momento, no pienso en Londres ni en los informes ni en Daniel ni en los treinta años como concepto.

Solo pienso en esto.

En el lago.

En los remos.

En la sonrisa que Logan Bond acaba de dejar salir por primera vez.

Capítulo 12



La barca cambia algo.
No sé explicarlo con más precisión que esa, y eso me molesta un poco porque se supone que soy escritor y debería tener palabras para las cosas, pero a veces las cosas más reales son las que menos se dejan explicar. La barca cambia algo y punto, y esa noche me siento delante del cuaderno después de cenar y escribo diecisiete frases sin pararme a contar las que van bien y las que van mal.
Las cuento después.
Catorce buenas.
Es el mejor día desde hace cinco meses.
No se lo digo a Poppy porque ella ya está en su habitación cuando termino y porque además no sé cómo decirlo sin que suene a más de lo que es, que es simplemente que esta tarde en el lago algo se movió en el sitio donde estaban las palabras atascadas y ahora hay un poco más de espacio.
Aunque si soy honesto, y esta noche parece que estoy siendo muy honesto, no estoy completamente seguro de que la barca y las palabras sean cosas separadas.
El jueves amanece con nubes.
No lluvia, solo nubes, ese cielo encapotado del norte de Inglaterra que no termina de decidirse y que en otro momento me habría

parecido opresivo y que aquí, con el lago debajo, tiene una belleza distinta, más seria, más honesta que el azul de los días anteriores.
Poppy sale a la terraza con el café y mira el cielo con una expresión evaluativa, como si estuviera calculando probabilidades.

— ¿Llueve? — pregunta.

— Probablemente.

— ¿Cuándo?

— Aquí nunca se sabe — digo—. Puede ser en una hora o puede ser que se quede así todo el día amenazando y no pase nada.

— Eso es muy inglés — dice.

— Somos así.

Me mira.

— ¿Tú eres de aquí? ¿Del norte?

— De Edinburgh — digo—. Aunque llevo doce años en Londres.

— ¿Y cuándo vuelves?

— ¿A Edinburgh?

— A Londres.

Lo pienso. Es una pregunta simple y no tiene una respuesta simple.

— No tengo fecha — digo—. Reservé la cabaña por un mes. Luego ya veré.

Poppy me mira con una expresión que no sé leer del todo.

— Un mes — repite.

— Sí.

— Yo me voy en doce días — dice, y lo dice de una manera que no es exactamente neutral, aunque estoy casi seguro de que quería que lo fuera.

No digo nada.
Ella mira el cielo otra vez.
—Doce días parece mucho y poco a la vez — dice finalmente.

— Depende de lo que pase en ellos — digo.

Se gira a mirarme, y hay algo en su mirada esta mañana, con las nubes detrás y el lago debajo y el café entre las manos, que no había visto antes o que no había sabido ver.

— Sí — dice en voz baja—. Supongo que sí.

Llueve a las once.

No es una lluvia violenta sino la lluvia del norte, constante y tranquila y completamente decidida, de la que no hace falta paraguas porque en diez minutos estarías igual de mojado con él que sin él. El lago bajo la lluvia es otra cosa completamente, más oscuro, más vivo, con esa superficie que se mueve en miles de puntos a la vez como si respirara.

Poppy y yo nos quedamos dentro.

Ella en el sofá con el libro, yo en la mesa con el cuaderno, y la lluvia en las ventanas hace un ruido de fondo que es casi música, ese sonido que tienen las cosas naturales de no necesitar que estés pendiente de ellas, de estar simplemente ahí.

Escribo durante dos horas.

No cuento las frases.

A la una Poppy cierra el libro y me mira desde el sofá.

— Tengo una pregunta — dice.

— Dime.

— ¿De qué va la novela?

Levanto la vista del cuaderno.

Es la pregunta que todo el mundo hace y que yo siempre esquivo, no porque sea un secreto sino porque explicar una novela que todavía no existe del todo es como intentar describir un sueño, que siempre suena menos de lo que era.

Pero Poppy me mira con esa atención tranquila suya, sin urgencia, sin el brillo de quien pregunta por cortesía, y me encuentro respondiendo antes de decidir hacerlo.

— Va de alguien que pierde una versión de sí mismo — digo— y no sabe si recuperarla o construir una nueva. Y mientras tanto tiene que seguir viviendo como si supiera lo que está haciendo.

Silencio.

Poppy me mira un momento largo.

— Logan — dice.

— ¿Sí?

— Eso no es solo una novela.

No digo nada.

Fuera la lluvia sigue cayendo con su paciencia infinita sobre el lago, y el lago lo recibe todo sin quejarse, sin moverse de su sitio, sin pedir que pare.

— No — digo finalmente—. No es solo una novela.

Poppy asiente despacio, sin añadir nada más, y abre el libro otra vez en la página donde lo dejó.

Y yo vuelvo al cuaderno.

Y escribimos, cada uno lo suyo, con la lluvia entre nosotros y el lago detrás, durante otra hora larga que pasa de una manera que no se parece en nada a como pasan las horas en Londres.

Capítulo 13



La librería abre de nueve a una.

Lo sé porque el viernes por la mañana, mientras Logan escribe y la lluvia de ayer ha dejado paso a un sol que hace que el lago brille de una manera casi obscena de bonita, decido ir a buscarla. Al final de la calle principal, pasada la farmacia, dijo él. Y tiene razón, está ahí, con un letrero de madera pintado a mano que dice simplemente *Books* y un escaparate pequeño con una pila de novedades y una gata naranja dormida encima de todo.

Empujo la puerta.

Suena una campanilla.

Dentro huele a papel y a calefacción y a ese olor específico de los libros que llevan tiempo en un sitio, que no es el olor de una librería grande sino el de una librería que ha ido acumulando historia sin prisa. Las estanterías llegan hasta el techo y hay una escalera de esas de ruedas que se deslizan por un rail, que nunca había visto fuera de las películas y que me produce una satisfacción irracional e inmediata.

— Hola — dice una voz desde el fondo.

Un hombre de unos setenta años asoma entre dos estanterías con un libro en cada mano y unas gafas que lleva en la punta de la nariz con el equilibrio precario de quien las lleva así desde hace décadas y ya no se cae.

— Hola — digo—. Solo miro, si no le importa.

— Aquí todo el mundo mira — dice, y vuelve a desaparecer entre las estanterías.

Me quedo sola con los libros y la gata, que se ha despertado con la campanilla y me observa desde el escaparate con la indiferencia específica de los gatos y de las personas que llevan mucho tiempo en un sitio y ya han visto de todo.

Recorro las estanterías despacio, sin buscar nada concreto, que es la única manera correcta de recorrer una librería pequeña. Leo lomos, saco alguno, leo la contraportada, lo devuelvo. Hay una sección de novela contemporánea que tiene títulos que no reconozco y otros que sí, y hay una sección de poesía que normalmente saltaría pero que hoy, por alguna razón que no analizo, me detiene un momento.

Saco un libro fino, de tapas azules, sin ilustración en la portada.

Lo abro por el medio.

Leo tres líneas.

Las leo otra vez.

Las leo una tercera vez más despacio, de la manera en que se leen las cosas que dicen algo que tú ya sabías pero que no habías visto escrito.

Lo llevo a la caja.

Logan está en la terraza cuando vuelvo, con el cuaderno cerrado en el regazo y los ojos en el lago, en esa postura suya de estar pensando en algo que todavía no tiene forma.

Me ve llegar con la bolsa de la librería y algo en su cara se mueve.

— Fuiste — dice.

— Fuiste tenías razón — digo—. Un escritor siempre encuentra las librerías. Yo tardé cuatro días más que tú pero también las encuentro.

— ¿Qué compraste?

Saco el libro de tapas azules y se lo enseño.

Lo mira. Lee el título. Luego me mira a mí con una expresión que no sé descifrar del todo.

— ¿Poesía? — dice.

— No me mires así.

— No te estoy mirando de ninguna manera.

— Me estás mirando de una manera muy concreta.

— Estoy mirando el libro — dice, completamente imperturbable.

— Es el mismo sitio.

Se queda un momento en silencio y luego extiende la mano.

Se lo doy.

Lo abre, no por el principio sino por el medio, igual que yo en la librería, y lee en silencio durante un momento. Luego cierra el libro y me lo devuelve.

— Buena elección — dice.

— ¿Lo conocías?

— Conozco al autor. — Pausa—. Lo conocí en una presentación hace tres años. Es mejor persona que poeta, y es muy buen poeta.

— ¿Cómo es posible ser mejor persona que poeta si eres muy buen poeta?

— Porque ser buena persona no tiene techo — dice, y lo dice como si fuera una cosa obvia, como si llevara años pensándolo y le sorprendiera que no todo el mundo lo supiera.

Me siento en el escalón con el libro en el regazo.

— Logan — digo.

— ¿Sí?

— ¿Puedo preguntarte algo personal?

Tarda un momento.

— Depende de lo personal — dice.

— La novela que no podías escribir. ¿Hoy ha ido mejor?

No es exactamente lo que iba a preguntar. Lo que iba a preguntar era otra cosa, algo sobre Claire, sobre Escocia, sobre los veranos en el lago con su padre que terminaron a los doce años. Pero en el

último momento he girado, porque hay preguntas que todavía no tengo derecho a hacer y lo sé.

Logan me mira.

— Sí — dice—. Hoy ha ido mejor.

— ¿Por qué?

Silencio largo. El lago brilla con ese sol de después de la lluvia que lo hace todo más nítido, más real, como si el agua hubiera limpiado no solo el aire sino también la manera de ver las cosas.

— Porque estoy empezando a entender qué quiere ser — dice finalmente—. La novela. A veces las novelas saben lo que quieren ser antes que tú, y el trabajo es escucharlas en vez de decirles lo que tienen que hacer.

Lo pienso.

— Eso se parece mucho a las personas — digo.

Me mira.

— Sí — dice en voz baja—. Se parece mucho.

El sol en el lago. La gata naranja de la librería que ahora mismo estará dormida otra vez en el escaparate. El libro de tapas azules con las tres líneas que leí tres veces.

Algunas cosas saben lo que quieren ser antes que tú.

Me pregunto, no por primera vez esta semana y sospecho que no por última, si yo también lo sé ya y simplemente todavía no me he atrevido a escucharlo.

Capítulo 14



El sábado Poppy se despierta antes que yo.
Lo sé porque cuando salgo a la terraza a las seis y media su café ya está a medias y ella tiene el libro de tapas azules abierto en el regazo, no la novela que trajo de Londres sino el de poesía, y lo lee con una concentración que no interrumpo.
Me hago el café.
Salgo.
Me siento en mi silla.
El lago esta mañana tiene esa calma particular de los sábados, que es exactamente igual a la calma de los otros días porque el lago no sabe qué día es, pero que a mí me parece distinta de todas formas, más tranquila, más permisiva, como si el fin de semana fuera un concepto que hubiera llegado hasta aquí desde Londres flotando por el aire.

— ¿Qué lees? — pregunto, aunque sé lo que lee.
— Una cosa que dice que el tiempo no pasa sino que se acumula — dice sin levantar la vista—. Que no perdemos los momentos sino que los llevamos encima.
— ¿Y qué piensas?

Cierra el libro con un dedo dentro para no perder la página.

— Que si es verdad entonces llevo encima demasiadas cosas que no pesan bien — dice—. Cosas que ocupan espacio sin aportar nada. Como cajas en un trastero que nunca abres pero que tampoco tiras porque no sabes lo que hay dentro y tirar algo sin mirarlo primero te parece irresponsable.

Lo miro.

— Eso es muy específico para ser una reflexión sobre poesía.

— Soy asesora fiscal — dice—. Lo específico es mi idioma nativo.

Me río.

No es una risa grande sino de las pequeñas, de las que salen solas, y Poppy me mira cuando la escucha con una expresión que no había visto antes, algo entre la sorpresa y la satisfacción, como alguien que ha conseguido algo que no sabía que estaba intentando conseguir.

— ¿Qué? — digo.

— Nada — dice, y vuelve al libro, pero hay algo en las comisuras de su boca que desmiente el nada completamente.

Por la mañana vamos andando al pueblo los dos.

No lo planeamos, simplemente ocurre, que es como están ocurriendo la mayoría de las cosas esta semana. Yo salgo con la intención de dar un paseo y Poppy sale en el mismo momento con la intención de ir a la librería a ver si el hombre de las gafas tiene algo de lo que le preguntó ayer, y el camino es el mismo y ninguno de los dos propone ir separados.

Andamos por la carretera estrecha entre los muros de piedra y los árboles, y la mañana tiene ese olor de después de la lluvia que es uno de los mejores olores que existen, tierra mojada y verde y algo más que no tiene nombre pero que reconoces en algún sitio muy antiguo del cerebro.

Poppy camina a mi ritmo sin ajustarlo, que es algo que no todo el mundo hace. Hay personas que caminan a su ritmo y esperan que el

otro se adapte, y hay personas que se adaptan tanto que pierden el suyo, y hay personas, pocas, que simplemente caminan y el ritmo se encuentra solo en algún punto intermedio sin que nadie ceda nada.
Poppy es de las terceras.
Lo anoto.

— ¿En qué piensas? — pregunta.

— En cómo caminas — digo.

Me mira.

— Eso es raro — dice.

— Soy escritor. Me fijo en cosas raras.

— ¿Y cómo camino?

— Bien — digo.

— Eso no es una respuesta.

— Es la respuesta que tengo de momento — digo, devolviéndole sus propias palabras del primer día.

Tarda un segundo en reconocerlas. Cuando lo hace tuerce la boca en algo que no llega a ser una sonrisa pero que desde luego no es neutral.

— Qué conveniente — dice.

La librería tiene lo que Poppy buscaba, que es una novela de un autor que el hombre de las gafas le recomendó ayer y que fue a buscar al almacén de atrás con la solemnidad de quien va a buscar algo importante, que probablemente para él lo es.
Yo encuentro un libro de fotografía de paisajes del norte de Escocia que no necesito y compro de todas formas porque hay libros que se compran con el estómago y no con la cabeza y este es uno de ellos.
Salimos los dos con bolsas.
En el pub de la esquina hay mesas fuera, cuatro o cinco, de madera oscura con sombrillas de colores desvaídos que han visto mejores épocas pero que esta mañana, con el sol y el pueblo quieto alrededor, tienen un aspecto perfectamente adecuado.

— ¿Tomamos algo? — digo.

Poppy mira las mesas.

— Son las diez y media de la mañana — dice.

— Tienen café.

— Ah — dice—. Sí, entonces.

Nos sentamos en la mesa del rincón, la más alejada de la puerta, y pedimos café cuando sale la misma mujer de la otra tarde, que me mira a mí y luego a Poppy y luego otra vez a mí con una expresión que no necesita palabras.

— ¿Os conocéis? — pregunta Poppy cuando la mujer vuelve dentro.

— La vi el primer día — digo—. Vine a tomar algo y me preguntó si estaba solo.

— ¿Y qué le dijiste?

— Que sí.

— ¿Y ahora?

Lo pienso.

— Ahora le diría que más o menos — digo.

Poppy rodea su taza con las dos manos aunque no está fría y mira la calle del pueblo, los tejados, el campanario de la iglesia que asoma entre dos edificios.

— Más o menos — repite en voz baja, como probando cómo suena.

— ¿Te parece mal?

— No — dice—. Me parece honesto.

El café llega. La mujer nos lo trae con dos galletas pequeñas en el platillo que no hemos pedido y que nos deja sin decir nada, con una sonrisa breve que va dirigida a ninguno de los dos en particular y a los dos a la vez.

Bebemos el café en la mesa de fuera con el pueblo alrededor y las bolsas de la librería a los pies y ese más o menos flotando todavía en algún sitio entre los dos, sin que ninguno haga nada por bajarlo.

No hace falta.

De vuelta a la cabaña, a mitad del camino entre los muros de piedra, Poppy resbala.

No es una caída, es un traspié, uno de esos momentos en que el pie encuentra una piedra donde no la espera y el cuerpo decide a última hora que no quiere caerse del todo. Estiro el brazo sin pensarlo y

ella lo coge, también sin pensarlo, y se reequilibra en medio segundo.
Nos quedamos un momento así, su mano en mi brazo, los dos parados en la carretera.

— Gracias — dice.

— De nada.

Sigue andando.
Yo también.
Pero el sitio donde su mano estuvo sigue ahí durante todo el camino de vuelta, presente y concreto y completamente imposible de ignorar, como una frase que has escrito y sabes que es importante aunque todavía no sepas exactamente para qué.

Capítulo 15



El domingo llamo a mi madre.
No porque tenga nada concreto que contarle sino porque llevan diez días sin hablar y mi madre es de las que no llaman primero pero acusan el silencio de una manera pasiva y constante que es casi más eficaz que llamar. Cuando por fin cojo el teléfono son las once de la mañana y estoy sentada en el embarcadero con los pies colgando sobre el agua, que es algo que no había hecho todavía y que esta mañana me ha parecido de repente urgente.

— Poppy — dice mi madre, como si mi nombre fuera una frase completa.
— Hola, mamá.
— ¿Dónde estás? Sophie me dijo algo de un lago.
— Lake Windermere. De vacaciones.

Silencio breve.

— ¿Vacaciones — repite, con ese tono suyo que convierte las palabras en preguntas sin cambiar la entonación.
— Vacaciones — confirmo.
— ¿Sola?

Miro el lago. A mi izquierda, a unos veinte metros del embarcadero, hay una familia en una barca de pedales de esas de alquiler, con dos

niños que se turnan en los pedales y unos padres que los miran con esa mezcla de cansancio y felicidad que tienen los padres de niños pequeños en los días buenos.

— Más o menos — digo, que es exactamente lo que dijo Logan ayer y que hoy me sale solo, sin pensarlo.

— ¿Más o menos cómo?

— Comparto la cabaña con alguien — digo—. Un escritor. Es una larga historia.

Silencio más largo esta vez.

— ¿Un escritor — dice mi madre.

— Sí.

— ¿Joven?

— Mamá.

— Es una pregunta neutral.

— No hay nada neutral en esa pregunta.

— Poppy, cariño, llevas ocho meses sola después de tres años con un hombre que te fue apagando despacio y que tú dejaste porque eres más lista de lo que crees, y ahora estás en el lago más bonito de Inglaterra con un escritor misterioso y me dices que es una larga historia como si eso fuera suficiente información para tu madre.

Me quedo mirando el agua.

Los niños de la barca de pedales han empezado a discutir sobre quién pedaleaba más, con esa intensidad absoluta que tienen los niños para las cosas que no importan.

— No es misterioso — digo—. Es reservado. Hay una diferencia.

— ¿Cómo se llama?

— Logan Bond.

Silencio.

— Como James Bond — dice mi madre.

— Exactamente lo mismo que dije yo.

— ¿Y él qué dijo?

— Que sí. Como James Bond.

— ¿Y tú te reíste?

— Un poco.

— ¿Y él?

Pienso en ese momento del primer día, en su expresión, en el *no lo sientes* que dijo con esa paciencia de quien lleva toda la vida cargando con el mismo nombre y ha aprendido a vivir con ello.

— Creo que le hizo más gracia de lo que dejó ver — digo.

Mi madre hace un sonido que no es exactamente una palabra pero que conozco desde los cuatro años, ese sonido que significa que ha llegado a una conclusión que no va a compartir porque sabe que si lo hace yo llevaré la contraria.

— ¿Cómo está el lago? — pregunta, cambiando de tema con la elegancia de quien decide que ya ha plantado suficientes semillas por hoy.

— Precioso — digo—. Es el sitio más tranquilo en el que he estado en años.

— Bien — dice, y en esa sola palabra mete todo lo que no ha dicho, que es bastante—. Eso es exactamente lo que necesitabas.

Colgamos diez minutos después, después de que me pregunte por el trabajo y yo le diga que no he abierto el correo en cinco días, lo cual la hace callarse un momento antes de decir *bien* otra vez con el mismo tono cargado de antes.

Me quedo en el embarcadero con los pies sobre el agua y el teléfono en el regazo.

Cinco días sin abrir el correo.

No me había dado cuenta.

Logan aparece en el embarcadero a la hora de comer con dos sándwiches en la mano y una expresión que dice que ha estado escribiendo toda la mañana y que le ha ido bien.

Ya sé leer esa expresión. En una semana he aprendido a distinguir el Logan de los días buenos del Logan de los días malos, que no es que sea muy diferente por fuera sino que hay algo en cómo lleva los hombros, en si el cuaderno está debajo del brazo o en la mano, en si mira el lago con curiosidad o con el aspecto de quien busca respuestas que el lago no tiene.

Hoy el cuaderno está en la mano y mira el lago con curiosidad.
Día bueno.
Se sienta a mi lado en el embarcadero, que es lo suficientemente ancho para los dos si ninguno necesita demasiado espacio, y me da uno de los sándwiches sin preguntar.

— Gracias — digo.

— De queso — dice—. No había mucho más.

— El queso está bien.

Comemos mirando el lago, los pies de los dos colgando sobre el agua, la familia de la barca de pedales que ha vuelto a la orilla y ahora está sentada en el césped con bocadillos y una botella de limonada.

— ¿Has escrito? — le pregunto.

— Toda la mañana.

— ¿Cuántas frases buenas?

Me mira con esa expresión de medio lado.

— Ya no las cuento — dice.

— ¿Desde cuándo?

— Desde que dejé de necesitar contarlas.

Lo pienso.

— ¿Cuándo fue eso?

— Esta mañana — dice, simplemente.

Miro el lago. El sándwich de queso es mejor de lo que debería ser para ser un sándwich hecho con lo que había, lo cual dice algo sobre Logan que todavía no había descubierto, que es que cocina mejor de lo que admite.

— Logan — digo.

— ¿Sí?

— Ayer, en el camino de vuelta de la librería.

Se queda quieto.

— ¿Qué pasa con ayer? — dice, y su voz es completamente neutral, del tipo de neutral que requiere un pequeño esfuerzo.

— Nada — digo—. Solo quería decir gracias. Por lo del traspié.

Silencio.

— Ya me lo dijiste — dice.

— Ya lo sé. Lo digo otra vez.

No responde inmediatamente. Mira el lago con esa atención suya, esa manera de mirar las cosas como si fueran a decirle algo si les da suficiente tiempo.

— De nada — dice finalmente—. Otra vez.

Los pies de los dos sobre el agua. El queso. La familia en el césped. El lago que no tiene ninguna prisa y no nos pide que la tengamos nosotros.

Quedan once días.

Lo pienso y luego intento no pensarlo, porque once días es mucho tiempo y también no es nada y las dos cosas a la vez me producen algo en el pecho que prefiero no examinar demasiado de cerca todavía.

Todavía.

Capítulo 16



El lunes escribo treinta y dos frases.
No las cuento mientras escribo, eso es verdad, pero las cuento después porque soy escritor y los escritores mienten sobre muchas cosas pero raramente sobre sus propias manías. Treinta y dos frases, de las cuales veintiocho son buenas y cuatro son el tipo de frase que sabes que vas a borrar pero que necesitabas escribir para llegar a las siguientes.
Es el mejor día desde que llegué.
Posiblemente el mejor día en meses.
Salgo del cuarto a las dos de la tarde con el cuaderno lleno y el hambre de alguien que lleva horas sin acordarse de que existe el cuerpo, y encuentro la cocina vacía y un papel en la mesa con la letra pequeña y ordenada de Poppy que dice *fui al pueblo, vuelvo a las cuatro, hay tomates en la nevera.*
Me quedo mirando el papel.
Hay tomates en la nevera.
No sé por qué eso me parece lo más doméstico y lo más extraño a la vez, esa nota pequeña que nadie me pidió que dejara y que ella dejó de todas formas, como si fuera natural, como si lleváramos meses haciéndolo.
Como si esto fuera algo.

Vuelve a las cuatro menos diez con una bolsa del pueblo y algo de color en las mejillas que no estaba esta mañana, ese color que da el sol cuando caminas con él de frente durante un rato.

— ¿Escribiste? — pregunta antes de dejar la bolsa.

— Sí.

— ¿Bien?

— Bien.

Sonríe. No es la sonrisa grande, no es la risa que se le escapa sin querer, es algo más pequeño y más tranquilo, una sonrisa que sabe lo que es y no necesita ser más.

— Me alegra — dice, y lo dice de una manera que no tiene ninguna capa debajo, que es simplemente verdad.

Saco los tomates de la nevera y empiezo a hacer algo con ellos mientras ella deshace la bolsa de la compra, y trabajamos en la cocina pequeña sin estorbarnos, con ese instinto que hemos desarrollado esta semana de saber dónde está el otro sin tener que mirar, de moverse en el espacio compartido como si lo hubiéramos practicado.

— ¿Qué compraste? — le pregunto.

— Velas — dice.

Las saca de la bolsa. Son tres, blancas, de esas sin aroma que parecen sencillas pero que en una cabaña junto a un lago un lunes por la tarde tienen una lógica completamente propia.

— ¿Para qué? — pregunto.

— Para nada concreto — dice—. Me apetecieron.

La miro.

— Poppy Hartwell comprando cosas sin motivo concreto.

— No me mires así.

— Te estoy mirando con admiración.

— Eso es peor — dice, pero se ríe, y es la risa de verdad, la que no planea.

Esa noche encendemos las velas.

No lo decidimos exactamente, ocurre de la misma manera en que ocurren las cosas esta semana, que es sin anuncio y sin plan. Cenamos en la terraza porque la noche es suficientemente templada

y Poppy saca las velas y las pone en la mesa y las enciende con una cerilla del cajón de la cocina, y la luz que hacen sobre el lago es una de esas cosas que no mejoran si las describes demasiado.
Comemos.
Hablamos.
O más exactamente, hablamos de la manera en que hemos aprendido a hablar esta semana, que incluye también los silencios y los momentos en que ninguno dice nada y eso no es un problema sino simplemente otra forma de estar.

— ¿Cuándo fue la última vez que cenaste fuera? — me pregunta en algún momento.

— ¿Fuera como en un restaurante o fuera como en una terraza?

— Fuera como en cualquier sitio que no sea tu casa o tu oficina.

Lo pienso.

— Hace mucho — digo.

— ¿Cuánto es mucho?

— Antes de Claire — digo, y lo digo sin haberlo planeado, con esa facilidad traicionera que tienen las cosas que llevan tiempo queriendo salir.

Poppy no dice nada inmediatamente.
El lago detrás de nosotros refleja las estrellas con una precisión que parece imposible, como si el agua quisiera demostrar algo.

— ¿Quién es Claire? — pregunta, y lo pregunta con suavidad, de la manera en que se pregunta algo que no quieres que duela pero que sabes que puede doler.

— Alguien que se fue en marzo — digo—. Hace dos años.

— ¿La querías?

— Creía que sí — digo—. Luego entendí que quería la idea de lo que éramos más de lo que quería lo que éramos de verdad. Pero eso lo entendí después, que es cuando se entienden casi todas las cosas.

Poppy mira la llama de una de las velas, que se mueve despacio con el aire mínimo que viene del lago.

— Daniel era lo contrario — dice—. Yo quería lo que éramos de verdad pero él quería una idea de mí que no era del todo yo. Y fui ajustándome a esa idea tan despacio que no me di cuenta hasta que ya no sabía cuál era la diferencia.

Lo reconozco.

No lo digo, pero lo reconozco.

— ¿Y ahora? — pregunto.

— Ahora estoy aquí — dice—. Con velas que compré sin motivo y sin haber abierto el correo en seis días y con los pies descalzos en una terraza junto a un lago. — Pausa—. Eso ya es más que hace dos semanas.

— Sí — digo—. Es bastante más.

Las velas entre nosotros. El lago detrás. Las estrellas arriba y abajo a la vez, en el cielo y en el agua, duplicadas e iguales.

Poppy me mira.

— Logan — dice.

— ¿Sí?

— Me alegra que estuvieras aquí cuando llegué.

Lo dice mirándome, no al lago, no a las velas, a mí, con esa honestidad suya que no pide nada a cambio y que por eso mismo es la más difícil de recibir.

Tardo un momento.

— A mí también — digo.

La vela más pequeña parpadea una vez y sigue ardiendo.

El lago no dice nada, que es lo que hace el lago, y esta noche eso es exactamente suficiente.

Capítulo 17



Me despierto el martes sabiendo que algo ha cambiado.
No sé explicarlo con más precisión porque no hay nada concreto que haya cambiado, la cabaña es la misma y el lago es el mismo y yo soy la misma, o casi la misma, o estoy siendo algo que todavía no tiene nombre pero que ocupa el mismo espacio que yo y respira con mis pulmones y mira el techo de madera a las seis de la mañana con una expresión que si alguien me la describiera no reconocería como mía.
Anoche Logan dijo a mí también.
Dos palabras.
Llevo seis horas dándoles vueltas como si fueran un teorema que no cuadra, lo cual es ridículo, lo sé, porque a mí también es la respuesta más natural del mundo a lo que yo dije, no es una declaración ni una promesa ni nada que requiera este nivel de análisis a las seis de la mañana de un martes.
Pero aquí estoy.
Analizando.
Me levanto, me hago el café, salgo a la terraza.
El lago está en silencio.
Yo también intento estarlo pero me sale regular.
Logan sale a las siete con el cuaderno ya en la mano, lo cual significa que lleva despierto un rato y que la cabeza ya está en la novela, y me mira con esa manera suya de mirar que no pide nada pero que recibe todo.

— Buenos días — dice.
— Buenos días.
Se hace el café, sale, se sienta.
Normal. Todo completamente normal.
Excepto que anoche dijo a mí también y yo llevo una hora sin poder pensar en otra cosa, lo cual dice cosas sobre mí que prefiero no examinar antes del segundo café.
— ¿Estás bien? — pregunta.
— Perfectamente — digo.
Me mira un momento.
— Estás haciendo la cara — dice.
— ¿Qué cara?
— La de cuando estás pensando en algo que no quieres decir.
— No tengo ninguna cara.
— Tienes varias — dice, completamente imperturbable—. Esta es la número tres.
Lo miro.
— ¿Me has catalogado las caras?
— Soy escritor — dice—. Me fijo en cosas.
— Eso es inquietante.
— Es observación — dice—. Hay una diferencia.
Me quedo mirándole un momento, con el café entre las manos y el lago detrás y esa conversación de anoche todavía flotando en algún sitio entre los dos aunque ninguno la nombre.
— Logan — digo.
— ¿Sí?
— Anoche, lo que dijiste.
Silencio.
No un silencio incómodo sino uno de los suyos, de los que tienen peso y forma y que él usa para pensar antes de hablar.
— Lo decía en serio — dice finalmente.
— Ya lo sé — digo—. Solo quería que lo supieras.
— ¿El qué?
— Que yo también lo decía en serio.

El petirrojo canta desde los árboles, tres notas limpias y sin pretensiones, y el lago recibe el sol de la mañana con esa indiferencia magnífica que tiene para todo, y Logan me mira con esa expresión que llevo una semana aprendiendo a leer y que esta mañana dice algo que todavía no sé traducir del todo pero que entiendo de todas formas.

— Ya lo sabía — dice en voz baja.

Y vuelve al cuaderno.

Y yo vuelvo al café.

Y el lago sigue ahí, igual que siempre, como si nada hubiera pasado, aunque las dos cosas sean verdad a la vez, que nada ha pasado y que algo ha pasado, y que la diferencia entre las dos es exactamente tan grande y tan pequeña como dos semanas junto a un lago con un hombre que sabe distinguir petirrojos de mirlos y no sabe dónde están los platos.

Sophie me llama a las doce.

Esta vez lo cojo al segundo tono porque me apetece hablar con ella, lo cual es una novedad considerable dado que llevo una semana contestándole con monosílabos.

— Poppy — dice, y en su voz hay algo que reconozco inmediatamente, esa mezcla de alarma y emoción que Sophie tiene cuando intuye que algo está pasando y no sabe exactamente qué.

— Hola, Sophie.

— ¿Estás bien?

— Estoy bien.

— ¿Bien bien o bien como cuando dices que estás bien y en realidad estás procesando algo en silencio sin decírselo a nadie?

— Sophie.

— Es una pregunta legítima y la sabes.

Me siento en el sofá con las piernas cruzadas y miro por la ventana el lago, que desde aquí dentro tiene un aspecto diferente, más enmarcado, como una foto de algo que en realidad es mucho más grande que cualquier foto.

— Estoy bien de verdad — digo—. Estoy mejor que en meses. Puede que mejor que en años, no lo sé todavía.

Silencio al otro lado.

— Poppy — dice Sophie, y ahora su voz es completamente diferente, sin la energía nerviosa de antes, más suave, más ella cuando no está intentando ser graciosa ni útil sino simplemente siendo—. Me alegra muchísimo escuchar eso.

— Ya lo sé.

— ¿Es el lago?

Pienso en el lago. En los petirrojos. En los platos. En las velas de anoche. En a mí también dicho con esa voz tranquila y sin adornos.

— En parte — digo.

Silencio breve.

— ¿Y la otra parte? — pregunta Sophie, con una delicadeza que en ella es casi sobrenatural.

— La otra parte se llama Logan Bond — digo.

Tres segundos de silencio absoluto.

Luego Sophie hace un sonido que no es una palabra sino puro sentimiento concentrado, algo entre el grito y el suspiro y la satisfacción de quien lleva semanas teniendo razón y por fin puede demostrarlo.

— Sophie — digo.

— Estoy bien — dice, con la voz un poco rota—. Estoy perfectamente bien. Continúa.

— No hay nada que contar todavía.

— Pero hay algo.

Lo pienso.

— Hay algo — admito—. No sé lo que es todavía. Pero hay algo.

— Eso es suficiente — dice Sophie—. Por ahora eso es más que suficiente.

Colgamos diez minutos después y me quedo en el sofá mirando el lago por la ventana con el teléfono en el regazo y esa frase de Sophie dando vueltas.

Por ahora eso es más que suficiente.

Quedan nueve días.
Nueve días para descubrir qué es ese algo que hay, o para dejarlo ser lo que es sin necesidad de ponerle nombre, que quizás sea la opción más honesta de las dos.
El lago no opina.
Pero tampoco me dice que me equivoco.

Capítulo 18



El miércoles por la mañana Poppy me pregunta si quiero ver el amanecer.

No el amanecer desde la terraza, que ya hemos visto varias veces sin haberlo planeado, sino el amanecer desde el otro lado del lago, que requiere levantarse a las cinco y caminar cuarenta minutos por un sendero que ella encontró en uno de los folletos de la oficina de turismo y que lleva a un mirador desde donde, según el folleto, las vistas son espectaculares.

Me lo pregunta el martes por la noche mientras recogemos los platos de la cena, con esa manera suya de proponer las cosas que no es exactamente una pregunta sino una información, igual que yo con el coche el primer día.

— El amanecer es a las cuatro y cincuenta y dos — dice, mirando el fregadero.

— ¿Mañana?

— Mañana.

— Son las cinco menos ocho minutos — digo.

— Lo sé — dice—. ¿Vienes?

No lo pienso demasiado.

— Pon el despertador — digo.

A las cuatro y cuarenta de la mañana la cabaña tiene una oscuridad completamente distinta a la de cualquier otra hora, más densa, más silenciosa, como si el mundo todavía no hubiera decidido del todo si va a seguir existiendo o no.

Poppy está en la cocina cuando salgo, con dos termos de café y una linterna y una chaqueta que claramente es más fina de lo que va a necesitar, lo cual no le digo porque ya sé que no serviría de nada.

Me da un termo.

— Gracias — digo.

— De nada. — Pausa—. ¿Sabes dónde está el sendero?

— No.

— Yo sí — dice, y abre la puerta.

El sendero es estrecho y sube más de lo que parecía en el folleto, con esa tendencia que tienen los folletos turísticos a describir las cosas en su mejor versión posible y omitir los detalles que podrían desanimar a alguien.

Andamos en silencio porque a las cinco de la mañana el silencio es lo natural, no una decisión sino una consecuencia, y porque el camino en algunos tramos requiere atención y los dos la ponemos sin que nadie lo pida.

Poppy va delante con la linterna.

La sigo.

Hay algo en caminar detrás de alguien en la oscuridad antes del amanecer que es completamente diferente a caminar junto a alguien de día, algo más íntimo y más honesto, como si la oscuridad quitara capas que la luz mantiene.

A los veinte minutos el sendero se abre un poco y el lago aparece abajo, todavía oscuro, todavía dormido, con los primeros indicios de luz en el horizonte que no son todavía color sino simplemente la ausencia de la oscuridad más completa.

Poppy para.

Me pongo a su lado.

— Falta poco — dice en voz baja, como si hablar alto pudiera romper algo.

— Sí — digo, también bajo.

Esperamos.

Y entonces ocurre, despacio y de golpe a la vez, que es como ocurren las cosas que merecen la pena. El horizonte se vuelve naranja, luego rosa, luego un dorado que no tiene nombre exacto en ningún idioma que yo conozca, y el lago debajo lo recibe todo y lo duplica, y los montes al fondo se recortan contra el cielo con una precisión que parece imposible, y el mundo entero durante exactamente cuatro minutos es ese color que no tiene nombre.

Poppy no dice nada.

Yo tampoco.

No hay nada que decir que no empeore lo que estamos viendo.

Cuando el color empieza a cambiar hacia el azul normal del día, hacia la luz que ya es simplemente luz y no ese milagro de cuatro minutos, Poppy exhala despacio, como alguien que ha estado conteniendo algo sin darse cuenta.

— Dios mío — dice en voz baja.

— Sí — digo.

Se gira a mirarme, con el lago detrás y el cielo encima y las mejillas coloradas del frío de las cinco de la mañana, y hay algo en su cara en este momento que no había visto antes, algo abierto y sin protección, como una persona que acaba de ver algo tan grande que por un momento ha olvidado guardar las distancias con todo lo demás.

Me mira.

La miro.

Y no hago nada, porque no es el momento, o porque no sé si es el momento, o porque hay cosas que si las precipitas las rompes y prefiero no romper esto, lo que sea que es esto, con una decisión tomada al borde de un mirador a las cinco de la mañana.

— Gracias por venir — dice finalmente.

— Gracias por despertar me — digo.

Sonríe.

Y bajamos por el sendero con los termos vacíos y la linterna apagada porque ya no hace falta, con el lago abajo y el día encima y ese color sin nombre todavía en algún sitio detrás de los ojos,

guardado ya, acumulado ya, parte ya de las cosas que llevamos encima sin poder dejarlas.

Por la tarde no escribo.

No porque no pueda sino porque no quiero, que es una distinción que hasta esta semana no sabía hacer. Me siento en la terraza con el libro de fotografía de Escocia y lo hojeo sin prisa, mirando los paisajes del norte con esa mezcla de reconocimiento y distancia que produce ver fotografiado un sitio que conoces de verdad.

Poppy está a mi lado con su novela.

El lago está delante.

A las seis y media, sin levantar los ojos del libro, Poppy dice:

— Logan.

— ¿Sí.

— Esta mañana en el mirador.

— ¿Sí.

— ¿Qué estabas pensando?

Lo pienso. No la respuesta fácil sino la verdadera, que es más difícil de encontrar y más difícil todavía de decir en voz alta.

— Estaba pensando que hay cosas que solo tienen sentido si hay alguien con quien verlas — digo—. Y que hasta esta semana no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos eso.

Silencio.

Poppy cierra la novela con un dedo dentro.

Me mira.

— Yo pensaba lo mismo — dice.

El lago delante. El libro en mi regazo. La novela en el suyo. Ocho días.

Ocho días que son mucho tiempo y no son nada, y esta tarde, por primera vez desde que llegué, eso me parece un problema real que no sé cómo resolver.

Capítulo 19



El jueves llueve otra vez.
No la lluvia tranquila del otro día sino una lluvia más seria, con viento, de las que golpean las ventanas con una intención clara y hacen que quedarse dentro no sea una elección sino una obviedad. El lago desde la ventana de la cocina tiene un aspecto completamente diferente, agitado y oscuro, con pequeñas olas que no había visto hasta ahora y que le dan una personalidad nueva, menos contemplativa y más honesta, como una persona que normalmente es tranquila y hoy ha decidido no serlo.
Me quedo mirándolo mientras espero que hierva el agua.
Ocho días.
Llevo dos días pensando en ocho días con la misma energía obsesiva con que antes pensaba en los plazos de los informes, que es una energía que no me sienta bien y que sé que no me sienta bien y que no consigo apagar de todas formas.
Logan sale de su habitación a las ocho con el cuaderno y una expresión que dice que ha dormido bien y que la lluvia no le parece un problema sino una compañía.

— Llueve — digo, por decir algo.

— Sí — dice, mirando por la ventana con algo que se parece a la satisfacción—. Bien.

— ¿Bien?

— Escribo mejor cuando llueve — dice—. Sin la tentación del lago.

— El lago también está ahí cuando llueve.

— Pero no me llama de la misma manera — dice, y se hace el café con la tranquilidad de alguien que tiene el día resuelto.

Yo no tengo el día resuelto.

Yo tengo el día, la lluvia, ocho días, y algo en el pecho que lleva dos días sin decidir qué quiere ser.

A las diez llamo a Diane.

No a Sophie, que es lo que haría normalmente porque Sophie es mi primera llamada para casi todo, sino a Diane, que es más tranquila y más directa y que cuando le cuento las cosas no hace sonidos de emoción concentrada sino que escucha y luego dice lo que piensa sin adornos.

— Poppy — dice al coger—. ¿Estás bien?

— Estoy bien. ¿Tienes un momento?

— Estoy en la oficina pero sí. ¿Qué pasa?

Desde la ventana de mi habitación veo el lago agitado y la lluvia en el cristal y los árboles doblándose un poco con el viento.

— Hay un hombre — digo.

Silencio breve.

— Cuéntame — dice Diane, con esa voz suya de quien se sienta a escuchar de verdad.

Se lo cuento. No todo, no los detalles pequeños que son solo míos, pero sí lo suficiente. La cabaña, Sophie, Logan, la semana, el mirador esta mañana, lo de ocho días dicho en voz alta por primera vez.

Diane escucha sin interrumpir, que es uno de sus talentos principales.

Cuando termino hay un silencio de los que tienen peso.

— ¿Y cuál es exactamente el problema? — pregunta.

— Que me voy en ocho días — digo.
— ¿Y él?
— Él se queda un mes. O lo que necesite.
— ¿Y después?
— Londres, supongo. Los dos somos de Londres.
— Entonces el problema no es geográfico — dice Diane.
— No.
— ¿Entonces?

Me siento en el borde de la cama y miro el lago por la ventana con la lluvia encima y las olas pequeñas que no había visto hasta hoy.

— El problema es que no sé qué es esto — digo—. No sé si es el lago, o las vacaciones, o que llevaba meses sin respirar y cualquier cosa aquí me parece enorme porque vengo de un sitio muy pequeño. No sé si esto sería lo mismo en Londres, en un martes normal, con el trabajo y los informes y la vida de verdad.

Silencio.

— Poppy — dice Diane.
— ¿Sí?
— ¿Cuándo fue la última vez que algo te pareció enorme?

Lo pienso.

— Hace mucho — digo.
— ¿Antes o después de Daniel?
— Antes — digo, y lo digo y me quedo con esa respuesta un momento, sintiendo lo que pesa—. Bastante antes.
— Entonces — dice Diane, con esa lógica suya que no necesita adornos—, quizás el problema no es si esto es real o es el lago. Quizás el problema es que llevas tanto tiempo en un sitio muy pequeño que has olvidado que tienes derecho a que las cosas te parezcan enormes.

No digo nada.

Fuera la lluvia golpea la ventana con su intención clara.

— Diane — digo finalmente.
— ¿Sí?
— Eres mejor que Sophie para esto.

— Lo sé — dice—. Pero no se lo digas a ella.

Cuelgo con algo más ligero en el pecho que cuando llamé, no resuelto pero sí más manejable, como cuando un informe que no cuadraba encuentra finalmente el número que faltaba y de repente todo tiene sentido aunque el trabajo siga siendo el mismo.

A mediodía la lluvia amaina un poco y salgo al salón.

Logan está en la mesa con el cuaderno abierto y la concentración de alguien que está en mitad de algo, ese estado que he aprendido a reconocer y a no interrumpir. Me hago un té en silencio y me siento en el sofá con el libro de tapas azules.

Leo.

Él escribe.

La lluvia en las ventanas.

A la una y media Logan cierra el cuaderno y se estira con el crujido de alguien que lleva horas en la misma postura.

— ¿Bien? — pregunto.

— Muy bien — dice, y en su voz hay algo que no había escuchado hasta hoy, algo que se parece al alivio pero es más profundo, más permanente—. Creo que encontré el hilo.

— ¿El hilo?

— El que estaba buscando desde hace meses — dice—. La razón por la que la historia quiere ser lo que quiere ser.

Me mira, y en su mirada hay algo que tampoco había visto hasta hoy, o que había visto pero no en esta cantidad, no con esta claridad.

— ¿Puedo preguntarte qué es? — digo.

— Ya lo sabes — dice.

Lo miro.

— ¿Yo?

— No tú — dice, y luego se corrige, o no se corrige sino que añade—. Bueno. También tú. Pero no solo tú.

Se levanta, va a la cocina, empieza a hacer algo para comer con esa naturalidad suya, y yo me quedo en el sofá con el libro de tapas azules en el regazo y esa frase dando vueltas.

También tú. Pero no solo tú.

La lluvia ha parado casi del todo.
El lago fuera vuelve despacio a su estado normal, las olas pequeñas haciéndose más pequeñas todavía, el agua asentándose, recuperando esa calma suya que no es indiferencia sino algo más parecido a la paciencia.
Ocho días.
Pero también tú.
Me pregunto si eso cambia algo, si debería cambiarlo, si tengo derecho a dejar que lo cambie, y la respuesta que me da el lago desde la ventana no es una respuesta exactamente sino una pregunta devuelta, que es lo que hace el lago cuando le preguntas algo que ya sabes.
Ya lo sabes, Poppy.
Ya lo sabes.

Capítulo 20



El viernes por la mañana me doy cuenta de que estoy aprendiendo sus rutinas de memoria.
No intencionadamente, no como un ejercicio consciente, sino de la manera en que aprendes las cosas que están cerca de ti durante suficiente tiempo, que es sin darte cuenta y de repente un día las sabes. Sé que Poppy tarda exactamente doce minutos cuando dice que tarda diez. Sé que el café lo toma con leche por la mañana y solo por la tarde. Sé que cuando está pensando en algo que no quiere decir se pasa el dedo por el borde de la taza, que cuando algo le hace gracia de verdad mira hacia otro lado antes de reírse, que los domingos llama a su madre y los lunes a Sophie y los miércoles, descubrí esta semana, a Diane, que es su compañera de trabajo y que según Poppy es la única persona que le dice las cosas como son sin envolverlas en nada.
Sé todo esto y no sé qué hacer con ello.
O sí lo sé y eso es exactamente el problema.
Escribo por la mañana con la claridad de los últimos días, que es una claridad que ya no me sorprende sino que recibo con gratitud, como el tiempo bueno después de una semana de lluvia. La novela está encontrando su forma final, esa forma que llevas meses buscando y

que cuando aparece parece obvia, parece que siempre estuvo ahí y el problema eras tú que no sabías mirar en el sitio correcto.
A las doce cierro el cuaderno y salgo.
Poppy está en el embarcadero con los pies sobre el agua y el libro de tapas azules, que ya debe de estar terminando porque cuando lo abrió el lunes tenía más páginas a la derecha que a la izquierda y ahora es al revés.
Me siento a su lado.
No dice nada.
Yo tampoco.
El lago está quieto hoy, sin rastro de la lluvia de ayer, con esa calma que tienen los sitios después de la tormenta, más limpios, más ellos mismos.

— ¿Cuánto te queda? — pregunto, señalando el libro.

— Poco — dice—. Esta tarde lo termino.

— ¿Es bueno?

— Es de esos libros que te cambian algo sin pedirte permiso — dice—. No sé todavía qué, pero algo.

Lo pienso.

— Los mejores siempre son así — digo.

Asiente.
Silencio.

— Logan — dice.

— ¿Sí?

— ¿Qué pasa cuando me vaya?

Lo dice mirando el agua, no a mí, con esa manera suya de hacer las preguntas difíciles mirando al lago como si el lago fuera a ayudarla, y quizás lo hace, quizás por eso las dos seguimos mirándolo cuando no sabemos qué decir.
No respondo inmediatamente porque la pregunta merece más que una respuesta rápida y los dos lo sabemos.

— No lo sé — digo finalmente, que es la única respuesta honesta que tengo.

— Yo tampoco — dice.

— ¿Eso te parece mal?

Tarda.

— Me parece honesto — dice—. Que es mejor que muchas otras cosas.

El agua debajo de nuestros pies. El sol encima. Siete días, aunque ninguno de los dos lo dice en voz alta esta vez.

— Poppy — digo.

— ¿Sí?

— Lo que dije el otro día. Lo del mirador. Que hay cosas que solo tienen sentido si hay alguien con quien verlas.

— Lo recuerdo — dice, y su voz es muy tranquila, de la tranquilidad que requiere esfuerzo.

— Lo sigo pensando — digo—. Hoy más que el otro día.

Se gira a mirarme.

Y yo la miro.

Y el lago debajo de nosotros es profundo y quieto y no tiene ninguna prisa, pero yo sí tengo prisa, o no prisa exactamente sino la conciencia clara y un poco dolorosa de que el tiempo aquí funciona diferente al tiempo en cualquier otro sitio, que una semana aquí es más que un mes en Londres, y que nos quedan siete días, y que siete días es mucho y no es nada y las dos cosas a la vez me pesan de una manera que no había sentido en mucho tiempo.

— Logan — dice en voz baja.

— ¿Sí?

No dice nada más inmediatamente.

Me mira con esa expresión abierta del amanecer, sin protección, sin las capas que la gente pone encima de las cosas cuando todavía no sabe si puede fiarse, y yo pienso en Claire, en marzo, en la cocina un domingo por la mañana, y pienso que esto no se parece en nada a eso, que esto se parece más bien a todo lo contrario de eso, y que eso debería darme miedo y en cambio no me lo da.

— Nada — dice finalmente—. Solo quería decir tu nombre.

Lo dice con una sencillez absoluta, sin adornos, y es la cosa más desconcertante y más perfecta que alguien me ha dicho en años.

— Poppy — digo yo, devolviéndoselo.

Y ella se ríe, esa risa suya que no planea, y el lago la recibe igual que recibe todo, con esa paciencia infinita que no juzga ni apresura ni pide nada a cambio.
Siete días.
Pero ahora mismo, en este embarcadero, con el sol encima y el agua debajo y su risa todavía en el aire, siete días parece exactamente suficiente.

Capítulo 21



El sábado por la mañana Logan me enseña a remar.
No lo había pedido exactamente, había dicho en algún momento de la semana que nunca había aprendido bien, que de pequeña mi padre intentó enseñarme en un lago en Gales y que el resultado fue que acabamos los dos mojados y con la barca en el lado equivocado del lago, y Logan lo recordó, que es algo que hace, recordar las cosas que digo como si las guardara en algún sitio para usarlas después.
Esta mañana salió a la terraza con las llaves de la barca en la mano y dijo ven.
Así, sin más. Ven.
Y yo fui.
Remar tiene una lógica que parece simple y no lo es, con esa trampa que tienen las cosas que parecen naturales hasta que las intentas y descubres que tu cuerpo no sabe nada de lo que creía saber. Los primeros diez minutos la barca va en círculos con una coherencia que sería admirable si fuera intencionada.
Logan no se ríe.
Eso lo anoto.
Otras personas se habrían reído. Él se sienta en la proa y me da instrucciones con esa paciencia suya, corrige sin señalar el error, dice bien cuando va bien de una manera que no suena a condescendencia sino a observación.

— El brazo izquierdo más — dice.
— Ya lo estoy poniendo más.
— Un poco más todavía.
— Logan.
— ¿Sí?
— Si me dices un poco más otra vez voy a usar el remo para algo distinto.

Silencio.

— El brazo izquierdo está perfecto — dice.

Me río.
Él también, esa risa suya pequeña y real que cada vez sale con menos esfuerzo, que esta semana ha ido perdiendo el tiempo que

tardaba en aparecer, como una puerta que al principio necesitaba dos manos y que ahora cede sola.

A los veinte minutos la barca va recto.

No perfectamente recto, pero recto.

— Bien — dice Logan.

— No me lo digas como si fuera una sorpresa.

— No es una sorpresa — dice—. Sabía que lo ibas a conseguir.

— ¿Cómo lo sabías?

— Porque cuando decides hacer algo lo haces — dice, simplemente, como si fuera una observación sobre el tiempo —. Es una de las cosas más claras de ti.

Me quedo con los remos en las manos y la barca moviéndose despacio en el centro del lago y esa frase entre los dos.

Una de las cosas más claras de ti.

— ¿Cuántas cosas claras tienes de mí? — pregunto.

— Algunas — dice.

— ¿Cuáles?

Me mira desde la proa con esa expresión de medio lado.

— Que haces listas pero no siempre las sigues — dice—. Que el café frío no te molesta tanto como debería. Que cuando algo te importa de verdad no lo dices enseguida sino que lo guardas un rato primero. Que eres más valiente de lo que crees pero todavía no lo sabes del todo.

Lo dice mirándome, no al lago, y cada cosa que dice cae en algún sitio dentro de mí con una precisión que no sé si es cómoda o incómoda o las dos cosas a la vez.

— Logan — digo.

— ¿Sí?

— Eso es mucho para una semana.

— Aquí el tiempo funciona diferente — dice, y es exactamente lo que yo pensé hace dos días en el embarcadero, y que él lo piense también, que lo diga con esas mismas palabras, me produce algo en el pecho que no tiene nombre todavía pero que ocupa bastante espacio.

— Sí — digo—. Funciona diferente.

Los remos en el agua. El lago alrededor. El cielo encima sin una sola nube, de ese azul que el Lake District guarda para los días que quiere que recuerdes.

— ¿Tú tienes cosas claras de mí? — pregunta.

No lo esperaba.

Lo pienso con honestidad, no buscando la respuesta bonita sino la verdadera.

— Que escribes porque no sabes no escribir — digo—. Que llevas el dolor de una manera muy ordenada por fuera y muy complicada por dentro. Que los días buenos lo llevas en los hombros, se te nota desde lejos. Que eres más generoso de lo que aparentas y menos solitario de lo que crees.

Silencio.

Logan me mira desde la proa del lago más grande de Inglaterra con el sol encima y seis días por delante y una expresión que no había visto hasta ahora, algo completamente sin protección, completamente él, sin las capas que la gente pone encima de las cosas cuando todavía no sabe si puede fiarse.

Ya sabe si puede fiarse.

Los dos lo sabemos.

— Poppy — dice.

— ¿Sí?

No termina la frase.

En cambio se levanta de la proa, con el equilibrio cuidadoso de alguien que sabe lo que hace, y viene hacia mí por el centro de la barca que se balancea un poco con su peso, y se sienta a mi lado en el banco central, tan cerca que puedo sentir el calor de su brazo contra el mío.

Me quita un remo de la mano.

— El izquierdo — dice—. Ese es el tuyo.

Y remamos juntos, cada uno su lado, con la barca yendo recto por el centro del lago más grande de Inglaterra, y no decimos nada más porque no hace falta, porque hay momentos que si los llenas de palabras los rompes y este es uno de ellos.

El lago no tiene prisa.
Nosotros tampoco.
Por ahora.

Capítulo 22



El domingo Poppy cumple una semana aquí.
No lo dice ella, no hay ninguna celebración ni ningún comentario, pero yo lo sé porque llevo los días contados desde el principio, aunque no de la misma manera en que los contaba al principio, que

era con la impaciencia de quien espera que algo termine, sino de la manera opuesta, que es peor.
Seis días.
Me despierto con ese número y me acuesto con ese número y durante el día aparece en los momentos más inesperados, entre una frase y la siguiente del cuaderno, mientras hierve el agua del café, mientras la escucho moverse en la habitación de al lado por la mañana.
Seis días.
Por la mañana no escribo.
No porque no pueda sino porque la novela ha llegado a un punto en que necesita reposar, uno de esos momentos en que has escrito todo lo que sabías y lo que viene después requiere que te alejes un poco para poder verlo desde fuera.
Salgo a la terraza.
Poppy está en el embarcadero, no sentada sino de pie, con los brazos cruzados y la mirada en el otro lado del lago, en los montes que desde aquí parecen cercanos y que si intentas llegar a ellos descubres que están mucho más lejos de lo que parecían.
Bajo al embarcadero.
Me pongo a su lado.

— ¿Qué miras? — pregunto.

— El monte de allá — dice, señalando el más alto, el que tiene la cima con algo de roca gris asomando entre el verde —. ¿Crees que se puede subir?

— Probablemente — digo—. Con el equipo adecuado.

— ¿Y sin el equipo adecuado?

— También — digo—. Pero más despacio.

Me mira.

— ¿Mañana? — dice.

— ¿Quieres subir un monte?

— Quiero intentarlo — dice, con una precisión que reconozco, que es la misma distinción que yo le hice a ella la primera semana entre escribir e intentar escribir, devuelta

ahora con una exactitud que me hace pensar que lo ha guardado todo este tiempo esperando el momento de usarlo.

— ¿A qué hora? — digo.

— Temprano — dice—. Como el amanecer.

— Entonces temprano.

Sonríe, y es la sonrisa grande, la de verdad, la que no guarda para los momentos en que cree que alguien la está mirando sino la que sale cuando está contenta de una manera que todavía le sorprende un poco.

Me quedo mirándola más tiempo del necesario.

Ella se gira hacia el lago otra vez, pero el color que le ha subido a las mejillas no es solo del frío de la mañana y los dos lo sabemos.

Por la tarde hacemos algo que no habíamos hecho todavía, que es no hacer nada de ninguna manera planificada.

Poppy en el sofá con el libro nuevo que compró en la librería después de terminar el de tapas azules. Yo en la terraza con el libro de fotografías de Escocia que ya he mirado tres veces pero que sigo cogiendo porque hay imágenes que necesitan más de tres veces para darte todo lo que tienen.

A las cinco empieza a hacer frío y entro.

Poppy levanta la vista del libro.

— ¿Enciendo la chimenea? — digo.

— En julio — dice.

— Hace frío.

— Es el Lake District — dice—. Siempre hace un poco de frío.

— ¿Enciendo la chimenea? — repito.

— Sí — dice—. Por favor.

La chimenea tarda un poco en arrancar porque no la hemos usado en toda la semana, pero cuando coge la madera el calor llena el salón de una manera inmediata y completa, ese calor de chimenea que es diferente a cualquier otro calor, más antiguo, más honesto.

Poppy cierra el libro y se queda mirando el fuego.

Yo me siento en el sofá a su lado, no en el otro extremo sino en el medio, cerca sin ser demasiado, y miro el fuego también.

— Logan — dice después de un rato.

— ¿Sí?

— ¿Puedo preguntarte algo sobre Claire?

No me lo esperaba esta tarde, aunque sí me lo esperaba en algún momento, porque hay conversaciones que se anuncian desde lejos y esta lleva días anunciándose.

— Sí — digo.

— ¿La quieres todavía?

Lo pienso de verdad, no la respuesta rápida sino la honesta, la que requiere mirar en el sitio donde guardas las cosas que no examinas a menudo.

— No — digo—. Hace mucho que no. Lo que queda no es querer sino costumbre, que es diferente. Es el peso de algo que fue importante y que ya no lo es pero que todavía ocupa espacio porque no sabes muy bien dónde ponerlo.

Poppy asiente despacio.

— Daniel es lo mismo — dice—. Ya no lo quiero. Pero a veces lo busco sin darme cuenta, el hueco que dejó, no él sino el hueco, y eso me parece más triste que echarlo de menos.

— Sí — digo—. Es más triste.

El fuego entre nosotros. La oscuridad al otro lado de las ventanas. El lago invisible pero presente, siempre presente, aunque no lo veamos.

— Logan — dice.

— ¿Sí?

Se gira a mirarme, completamente, con esa honestidad suya sin adornos que ya es una de las cosas más claras de ella, de las más claras y de las más difíciles de recibir sin hacer nada con ellas.

— El hueco — dice en voz baja—. Creo que ya no está.

Lo miro.

Y entiendo exactamente lo que dice porque yo podría decir lo mismo con las mismas palabras.

— Poppy — digo, y mi voz sale más baja de lo que pretendía.

— ¿Sí?

No digo nada más.

En cambio extiendo la mano despacio, sin prisa, y ella la mira un momento antes de poner la suya encima, y nos quedamos así, con el fuego delante y el lago detrás y las manos juntas en el sofá de una cabaña en el Lake District un domingo por la noche, sin que ninguno diga nada más porque no hace falta, porque esto ya es suficiente, porque a veces las cosas más importantes no necesitan palabras sino simplemente ocurrir.

Cinco días.

Pero esta noche, con su mano en la mía y el fuego encendido, cinco días es un problema para mañana.

Capítulo 23



Me despierto con la mano derecha todavía recordando el calor de la suya.

No es un pensamiento poético ni una exageración, es literal, hay una memoria física en la palma de la mano que no estaba antes de anoche y que esta mañana es lo primero que noto antes incluso del lago, antes del techo de madera, antes del café.

Su mano.

La mía encima.
El fuego.
Nos quedamos así casi una hora, sin decir nada, sin movernos, hasta que el fuego fue bajando solo y el frío volvió despacio y Poppy, que soy yo, dije que era tarde y que mañana había que madrugar para el monte y que era mejor dormir.
Y Logan dijo sí.
Y soltó mi mano con la misma calma con que la había cogido.
Y nos fuimos cada uno a nuestra habitación.
Y yo llevo despierta desde las cinco y media mirando el techo con la mano derecha abierta sobre la sábana como si todavía estuviera esperando algo.
Son las seis menos cuarto cuando llaman a mi puerta.
Tres golpes, tranquilos, de los que no piden permiso sino que informan.

— Cinco minutos — dice su voz al otro lado.

— Ya estoy — digo.

Silencio breve.

— ¿Llevas el abrigo? — pregunta.

— Llevo el abrigo.

— ¿Y botas?

— Logan.

— Es un monte — dice, con esa paciencia suya—. Las zapatillas no son suficientes.

— Llevo las botas que compré el martes en el pueblo precisamente para esto.

Pausa.

— ¿Cuándo compraste botas?

— El martes — digo—. Cuando fui sola al pueblo. Estaba el monte ahí y pensé que en algún momento íbamos a subir.

Silencio más largo.

— Planificaste esto — dice.

— Soy asesora fiscal — digo—. Planico las cosas.

Escucho algo al otro lado de la puerta que no es exactamente una risa pero se le parece mucho, y luego pasos alejándose hacia la

cocina, y me levanto con las botas nuevas y el abrigo y algo en el pecho que se parece bastante a la felicidad aunque no quiero llamarlo así todavía por si acaso.

El camino al monte es más largo que el del mirador pero más fácil de encontrar, con señales de madera cada cierto tramo que indican la dirección y la distancia con esa practicidad inglesa que no adorna nada sino que simplemente informa.

Andamos juntos desde el principio, no como el primer día al pueblo donde el ritmo se encontró solo, sino de manera deliberada, con una consciencia de la distancia entre los dos que no estaba antes de anoche.

No cogidos de la mano.

Pero cerca.

— ¿Dormiste? — me pregunta a los diez minutos.

— Algo — digo.

— Yo tampoco — dice, y no añade nada más y no necesita hacerlo.

El sendero sube con constancia, sin los tramos planos que dejan descansar, con ese tipo de esfuerzo continuo que al principio parece excesivo y que pasados veinte minutos se convierte en un ritmo, en algo casi meditativo, en una razón para no pensar en nada que no sea el siguiente paso.

Hablamos poco.

El monte no necesita conversación, tiene sus propios sonidos, el viento entre los árboles que se van haciendo más escasos según subimos, los pájaros, nuestros pasos en la tierra, la respiración de los dos volviéndose más profunda según la pendiente aumenta.

A mitad del camino hay una piedra grande junto al sendero y Logan para.

— Agua — dice, sacando la botella de la mochila.

Me siento en la piedra.

Él se sienta a mi lado, tan cerca como anoche en el sofá, y bebemos los dos mirando el lago desde arriba, que desde aquí ya es distinto, ya se ve la forma que tiene, alargada y serena, con la cabaña al borde como un punto pequeño y cálido entre los árboles.

— Esa es nuestra cabaña — digo.

— Sí — dice.

— Se ve pequeña desde aquí.

— Todo se ve pequeño desde aquí — dice—. Eso es lo bueno de subir.

Lo miro.

Él mira el lago.

— Logan — digo.

— ¿Sí?

— Anoche.

— ¿Sí?

— ¿Qué era eso?

Se gira a mirarme, y hay algo en su expresión que no es sorpresa sino más bien la expresión de alguien que esperaba la pregunta y que se ha preparado para responderla de verdad.

— No lo sé con precisión — dice—. Pero sé lo que no era.

— ¿Qué no era?

— No era el lago — dice—. No era las vacaciones ni el sitio ni los dos semanas sin el trabajo. No era eso.

Lo miro.

— ¿Cómo lo sabes? — pregunto.

— Porque he estado en sitios bonitos antes — dice—. Y nunca había querido quedarme quieto con nadie durante una hora sin decir nada y que eso fuera lo mejor del día.

El lago abajo. El cielo arriba. La cabaña pequeña entre los árboles.

— Para mí tampoco era el lago — digo en voz baja.

— Ya lo sé — dice.

— ¿Cómo lo sabías?

— Porque te conozco — dice, simplemente, como si fuera la respuesta más obvia del mundo, y quizás lo es, quizás después de diez días en una cabaña junto a un lago con alguien esa es exactamente la respuesta más obvia del mundo.

Me quedo mirándole un momento.

Y luego, sin pensarlo demasiado, sin hacer una lista ni calcular nada ni esperar a saber con certeza lo que va a pasar, me inclino y le beso.
Es un beso breve.
Tranquilo.
Como todo lo que es Logan, sin prisa y sin drama, con esa calma suya que no es frialdad sino exactamente lo contrario.
Cuando me separo me está mirando con una expresión que no había visto hasta ahora y que no sé describir del todo excepto que es completamente él, sin ninguna capa encima.

— Poppy — dice.

— ¿Sí?

— Llevas botas — dice.

Me río.
Esa risa mía que no planeo, que simplemente ocurre, y él la escucha con esa expresión nueva todavía en la cara y me besa otra vez, esta vez un poco menos breve, con el lago abajo y el cielo arriba y la cabaña pequeña entre los árboles y cuatro días por delante que de repente son lo más urgente e importante del mundo.
Cuatro días.
Pero primero el monte.

Capítulo 24



Llegamos a la cima a las nueve y cuarto.
No hay ningún cartel que diga que es la cima, ninguna señal ni ninguna marca oficial, pero se sabe, de la misma manera en que se saben algunas cosas sin que nadie te las explique, porque de repente el suelo deja de subir y el mundo aparece en todas las direcciones a la vez y no hay nada por encima de ti excepto el cielo.
Poppy se para.
Yo me paro a su lado.
El lago abajo es enorme desde aquí, más de lo que parece desde la orilla, con esa forma alargada y serena que desde la mitad del camino era una promesa y que ahora es una realidad completa. Los montes alrededor son verdes y grises y azules según la distancia, y el cielo está despejado de horizonte a horizonte con ese azul limpio de después del frío, y el viento aquí arriba tiene una temperatura y una fuerza que no tenía abajo, más honesto, más directo, sin los árboles que lo filtren.
Poppy no dice nada.
Yo tampoco.
Hemos aprendido cuándo el silencio es la respuesta correcta.
Después de un rato ella se sienta en una roca plana con las rodillas recogidas y mira el lago con la concentración de alguien que está intentando guardar algo, memorizarlo, llevárselo de una manera que no se pierda con el tiempo.

Me siento a su lado.

— ¿En qué piensas? — pregunto.

— En que dentro de cuatro días esto va a ser un recuerdo — dice, sin dramatismo, como una observación—. Y que los recuerdos no pesan lo mismo que las cosas mientras están pasando.

— No — digo—. No pesan igual.

— ¿Cómo lo manejas tú? — pregunta—. Lo de que las cosas se conviertan en recuerdos.

Lo pienso.

— Las escribo — digo—. No siempre literalmente, pero sí. Las escribo para que no pierdan peso.

Me mira.

— ¿Me vas a escribir a mí? — dice, y lo dice con una sencillez que podría ser ligera y no lo es, que es exactamente lo contrario de ligera.

No respondo inmediatamente.

El viento entre nosotros. El lago abajo.

— Ya lo estoy haciendo — digo.

Silencio.

Poppy mira el lago otra vez, y hay algo en su perfil contra el cielo que voy a llevar conmigo mucho tiempo, esa manera suya de mirar las cosas grandes con toda la atención que tienen, sin reducirlas, sin apartarse.

— Logan — dice.

— ¿Sí?

— Cuatro días.

— Sí.

— ¿Qué hacemos con cuatro días?

Es la pregunta que lleva rondando desde que empezamos a contar los días hacia atrás en vez de hacia adelante, la pregunta que anoche con las manos juntas frente al fuego era un problema para mañana y que hoy es mañana.

— Los dos somos de Londres — digo.

— Sí.

— Londres no es el Lake District — digo—. No tiene lago ni cabaña ni la mujer del pub ni la librería del hombre de las gafas. Es otra cosa completamente.

— Ya lo sé — dice—. ¿Y?

— Y no sé si esto funciona igual allí — digo, que es la verdad, la más honesta que tengo—. No lo sé. Pero me gustaría averiguarlo.

Poppy se gira a mirarme con esa expresión del mirador, del embarcadero, del sofá anoche, esa expresión que ya conozco y que cada vez que aparece me coge igual, sin preparación, como la primera vez.

— ¿Me estás pidiendo que quedemos en Londres? — dice.

— Te estoy diciendo que cuando te vayas no quiero que sea para siempre — digo—. El resto ya lo averiguaremos.

Silencio largo.

El viento.

El lago.

— Logan Bond — dice despacio.

— ¿Sí?

— Eso es lo más directo que has dicho en diez días.

— Me ha costado diez días — digo.

Se ríe.

Esa risa suya, la de verdad, la que no planea, aquí arriba en la cima con el viento y el lago y el cielo entero alrededor, y yo la escucho y pienso que hay sonidos que se quedan, que no se van aunque todo lo demás cambie, y que este es uno de ellos.

— De acuerdo — dice.

— ¿De acuerdo qué?

— De acuerdo a lo que has dicho — dice—. Que cuando me vaya no sea para siempre. El resto ya lo averiguaremos.

Me devuelve mis propias palabras con esa precisión suya, esa manera de guardar las cosas y devolverlas en el momento exacto, y algo en mí que llevaba días apretado se afloja despacio, como un nudo que no sabías que estabas haciendo y que de repente ya no está.

Cuatro días.
Pero después Londres.
Y Londres, por primera vez en mucho tiempo, me parece un sitio al que vale la pena volver.
Bajamos el monte a mediodía con las piernas cansadas y hambre y algo entre nosotros que ya tiene nombre aunque ninguno lo haya dicho todavía en voz alta, que es quizás la manera más honesta de tener las cosas, dejarlas ser lo que son antes de ponerles palabras que las fijen demasiado pronto.
En el camino de vuelta Poppy coge mi mano.
Sin decir nada.
Sin mirarse.
Simplemente la coge, con esa naturalidad suya de cuando decide algo y lo hace sin calcular, y andamos así el resto del camino hasta la cabaña, por la carretera estrecha entre los muros de piedra y los árboles, con el lago apareciendo y desapareciendo entre las ramas y el sol encima y cuatro días que esta tarde, con su mano en la mía, pesan diferente.
Menos urgentes.
Más reales.

Capítulo 25



Los últimos cuatro días tienen una textura diferente a los primeros.
No peores ni mejores, diferentes. Como cuando sabes que una canción está llegando al final y la escuchas de otra manera, con más atención, con esa conciencia de que cada nota es una nota menos, y eso no la hace menos bonita sino más, de una manera que duele un poco pero que también es exactamente lo que tiene que ser.
El lunes lo pasamos en la cabaña casi entero.
Logan escribe por la mañana y yo leo, y por la tarde salimos en la barca los dos remando, cada uno su lado, con esa coordinación que hemos encontrado sin practicarla, y llegamos al centro del lago y paramos y dejamos que la barca se mueva sola con la corriente mínima que hay, y nos quedamos tumbados mirando el cielo durante un rato que no mido porque he dejado de medir las cosas.
Eso es nuevo.
La Poppy de Londres mediría ese rato. Lo anotaría mentalmente como tiempo sin productividad, como minutos que no van a ningún sitio. Esta Poppy, la del lago, la de las botas nuevas y el libro de tapas azules y las velas compradas sin motivo, se queda tumbada en una barca mirando el cielo y no mide nada.

— ¿En qué piensas? — pregunta Logan desde su lado de la barca.

— En nada — digo.

Silencio.

— ¿De verdad? — dice, y en su voz hay algo que no es incredulidad sino curiosidad genuina.

— De verdad — digo—. Es la primera vez en meses que pienso en nada y no me parece un fracaso.

Pausa.

— ¿Antes te parecía un fracaso? — pregunta.

— Antes no paraba suficiente para pensarlo — digo—. Que es probablemente la respuesta.

El cielo encima de nosotros es de ese azul que el Lake District guarda para los días que quiere que recuerdes, sin una nube, con esa profundidad que tienen los cielos cuando el aire es limpio de verdad, y la barca se mueve tan despacio que es casi como no moverse, y el lago alrededor de nosotros es todo lo que existe en este momento.

— Logan — digo.

— ¿Sí?

— Cuando vuelvas a Londres.

— ¿Sí?

— ¿Dónde vives?

Silencio breve, del tipo que tiene forma de sonrisa aunque no pueda verle la cara desde aquí.

— Islington — dice.

— Yo estoy en Hackney — digo.

— Veinte minutos en metro — dice.

— Dieciséis — digo.

Pausa.

— ¿Lo has mirado? — dice.

— Puede — digo.

— ¿Cuándo?

— Anoche — admito—. Cuando no podía dormir.

Silencio.
Luego su mano aparece por encima del borde de la barca, extendida hacia mí, y yo la cojo sin incorporarme, los dos tumbados mirando el cielo con las manos juntas entre los dos en el centro de la barca, y así nos quedamos, sin decir nada más, mientras la corriente nos lleva despacio hacia ningún sitio en particular.
Dieciséis minutos en metro.
Que es mucho menos de lo que parece y exactamente lo que necesitaba saber.
El martes vamos al pub.
No por ningún motivo especial sino porque Logan dice que en diez días no hemos cenado fuera ni una vez y que eso es un desperdicio teniendo un pub a veinte minutos, y yo digo que tiene razón y me pongo el vestido que traje por si acaso y que no había usado todavía.
Logan me mira cuando salgo de la habitación con ese vestido.
No dice nada.
Pero me mira.

— ¿Qué? — digo.
— Nada — dice.
— Logan.
— Estás — empieza, y para.
— ¿Estoy?
— Bien — dice—. Estás bien.
— Eso ya lo sé.
— Estás muy bien — dice, con una honestidad tan directa y tan poco adornada que es casi más efectiva que cualquier cosa elaborada que pudiera haber dicho.
— Gracias — digo, y me pongo colorada, que es algo que no me pasaba desde los veintidós años y que esta noche ocurre con una naturalidad que no sé si admirar o temer.

La mujer del pub nos ve entrar y pone una expresión que es básicamente te lo dije sin palabras, dirigida a nadie en concreto y a los dos a la vez.

Nos da la mejor mesa, la del rincón junto a la ventana desde donde se ve la calle del pueblo y el campanario de la iglesia con las últimas luces del día, y nos trae la carta con una eficiencia que sugiere que ya sabía lo que íbamos a pedir antes de que llegáramos.

Cenamos despacio.

Hablamos de cosas que no habíamos hablado todavía, de las pequeñas, de las que construyen el mapa de una persona, su familia, su infancia, los veranos en Escocia que se terminaron a los doce porque su padre y su madre dejaron de ponerse de acuerdo en casi todo y el lago fue una de las primeras bajas, la universidad, los primeros años en Londres, el primer libro publicado con treinta y uno y el miedo que tuvo de que fuera también el último.

Le cuento lo de mi padre, que es contador igual que yo fui contable antes de ser asesora y que siempre asumió que yo haría lo mismo, no con presión sino con esa asunción tranquila de los padres que a veces es más difícil de contradecir que la presión directa. Le cuento que de pequeña quería ser veterinaria hasta los nueve años y que luego quise ser actriz hasta los catorce y que luego dejé de querer ser cosas concretas y empecé simplemente a hacer lo que seguía.

— ¿Y ahora? — dice.

— ¿Ahora qué?

— ¿Qué quieres ser ahora?

Lo pienso con honestidad, no la respuesta rápida sino la verdadera.

— No lo sé todavía — digo—. Pero creo que estoy más cerca de saberlo que hace dos semanas.

— ¿Qué ha cambiado?

Miro la ventana, el campanario, las últimas luces del día convirtiéndose en las primeras de la noche.

— Que paré — digo—. Por primera vez en años paré de verdad y descubrí que no me caía. Que el mundo seguía funcionando aunque yo no estuviera empujándolo.

Logan me mira con esa expresión suya que ya conozco, la que guarda para las cosas que le importan de verdad.

— Eso es importante — dice.

— Sí — digo—. Lo es.

La mujer del pub pasa con dos vasos de algo que no hemos pedido y los pone en la mesa sin decir nada, con esa sonrisa suya que va dirigida a ninguno de los dos y a los dos a la vez, y se va antes de que podamos darle las gracias.
Logan mira los vasos.
Me mira a mí.

— Creo que nos ha adoptado — dice.

— Creo que sí — digo.

Y nos reímos los dos, al mismo tiempo, de la misma cosa, con el pub alrededor y el pueblo fuera y tres días que esta noche, con la luz de la ventana y los vasos que no pedimos y su risa mezclada con la mía, no pesan como una cuenta atrás sino como algo completamente distinto.
Como un principio disfrazado de final.

Capítulo 26



El miércoles me despierto temprano y me quedo en la cama escuchando.

La cabaña tiene sus sonidos propios, los que he aprendido estas dos semanas. La madera que cruje con el frío de la mañana. El lago cuando hay viento, que es un sonido bajo y constante, como respiración. Los pájaros antes del sol.

Y ahora, también, los pasos de Poppy en la cocina.

Me levanto.

Está haciendo tortitas.

No café, no tostadas, tortitas, con un bol grande y la concentración de alguien que está siguiendo una receta mental que lleva tiempo sin usar.

Me mira cuando entro.

— No digas nada — dice.

— No iba a decir nada.

— Ibas a decir algo sobre el desayuno.

— Iba a decir buenos días — digo.

— Buenos días — dice, y vuelve al bol.

Me apoyo en la encimera y la observo. Tiene el pelo recogido de cualquier manera y lleva el jersey viejo del primer día y hay algo en

verla así, en esta cocina pequeña un miércoles por la mañana, que me parece tan normal y tan extraordinario a la vez que no sé qué hacer con ello.

— ¿Sabes hacer tortitas? — pregunto.

— Voy a averiguarlo — dice.

La primera sale mal. Demasiado gruesa, poco hecha por dentro, con un aspecto que los dos miramos un momento en silencio.

— No cuenta — dice Poppy.

— No cuenta — confirmo.

La segunda sale bien. La tercera mejor. Para la quinta ya tiene el ritmo y las hace con esa eficiencia suya que aparece cuando algo le importa lo suficiente como para hacerlo bien.

Desayunamos en la terraza con las tortitas y el café y el lago delante, y Poppy come con la satisfacción de alguien que ha resuelto un problema que se había propuesto resolver, y yo la miro y pienso que podría hacer esto todos los días sin que dejara de parecerme lo mejor del día.

No lo digo.

Pero lo pienso.

Por la mañana escribo el último capítulo de la novela.

No lo planeo, simplemente ocurre, las palabras van a donde tienen que ir con esa claridad que llevas meses buscando y que cuando aparece no avisa. Escribo durante tres horas sin parar, sin contar frases, sin releer, y cuando termino me quedo mirando el cuaderno con la extraña sensación de vacío y plenitud a la vez que deja terminar algo que ha llevado mucho tiempo dentro.

Salgo al salón.

Poppy está en el sofá con el teléfono, en lo que parece una conversación de trabajo que intenta resolver con la energía contenida de quien no quiere que el trabajo entre aquí pero que entiende que a veces no hay otra opción.

Me ve y pone los ojos en blanco de una manera brevísima que va dirigida al teléfono, no a mí.

Sonrío.

Voy a la cocina, hago dos cafés, dejo uno en la mesita a su lado y salgo a la terraza.
Diez minutos después sale ella.

— Lo siento — dice.

— No tienes que sentirlo.

— Era un cliente — dice—. Un cliente que podría haber esperado hasta el lunes pero que no sabe esperar.

— ¿Lo resolviste?

— Sí — dice, y se sienta y coge el café y bebe, y la tensión del teléfono desaparece de sus hombros en cuestión de segundos—. Terminé la novela — digo.

Me mira.

— ¿Hoy?

— Hace una hora.

— Logan. — Para—. ¿Cómo estás?

— Bien — digo—. Raro. Bien.

— ¿La terminarás aquí o en Londres?

— Aquí — digo—. La terminé aquí.

Asiente despacio, y hay algo en su mirada que no necesita palabras, esa manera suya de entender las cosas sin que tengas que explicarlas.

— Dos días — dice después de un rato.

— Dos días — confirmo.

El lago delante. El café entre las manos. El cuaderno dentro con la novela terminada.

— Logan — dice.

— ¿Sí?

— Esta noche quiero ver las estrellas — dice—. Desde el embarcadero. Sin la linterna.

Lo miro.

— De acuerdo — digo.

— ¿A las once?

— A las once.

Vuelve al interior con el café vacío y yo me quedo en la terraza mirando el lago con la novela terminada en el cuaderno y dos días

por delante y esa cita a las once que no es una cita y que es exactamente una cita.

Capítulo 27



A las once menos cuarto no puedo estar quieta.
He intentado leer, he intentado escuchar algo en el móvil, he intentado simplemente sentarme en la cama y respirar como una persona normal, y ninguna de las tres cosas ha funcionado porque son las once menos cuarto y en quince minutos voy a estar en el embarcadero con Logan en la oscuridad mirando las estrellas y eso, por alguna razón que no necesita explicación, hace que no pueda quedarme quieta.
Me miro en el espejo del baño.
El jersey de siempre.
Los vaqueros.
El pelo suelto porque fuera hay viento y recogido no tiene sentido.
Bien, me digo.
Estás bien.

Salgo de la habitación.
Logan ya está en el embarcadero.
Está de pie al final, mirando el lago, con las manos en los bolsillos y esa postura suya de cuando está pensando en algo que todavía no tiene forma. La noche está despejada y fría y el lago refleja las estrellas con una precisión que hace que no sepas dónde termina el cielo y dónde empieza el agua.
Camino por el embarcadero despacio.
Él me escucha llegar y se gira.
No dice nada.
Yo tampoco.
Me pongo a su lado y miramos los dos el lago y el cielo y las estrellas duplicadas, y el silencio entre nosotros es del tipo que tiene peso y calor a la vez, como algo que lleva construyéndose dos semanas y que esta noche está completamente terminado.

— ¿Las ves? — dice en voz baja.

— ¿El qué?

— Las estrellas en el agua — dice—. Si no parpadeas parece que estás en medio de las dos.

Miro.
Tiene razón.
Con el lago quieto y el cielo despejado y la oscuridad completa alrededor, el embarcadero parece flotar en el centro de algo enorme y silencioso, rodeados de estrellas por arriba y por abajo, sin horizonte claro, sin límites.

— Dios — digo en voz baja.

— Sí — dice.

Nos quedamos así un rato que no mido.
Luego Logan saca una mano del bolsillo y la pone en mi espalda, despacio, con esa calma suya que no precipita nada, y yo me giro hacia él de manera natural, sin pensarlo, como cuando remas y el ritmo se encuentra solo.
Me mira.
Le miro.

— Poppy — dice, tan bajo que casi es solo el movimiento de los labios.
— ¿Sí?
— Dos días — dice.
— Ya lo sé.
— No quiero pensar en dos días esta noche — dice.
— Yo tampoco — digo.

Y entonces me besa, pero no como en el monte, no breve ni tranquilo sino de verdad, con las dos manos en mi cara y el lago alrededor y las estrellas arriba y abajo, y yo le cojo la chaqueta con las manos y me olvido completamente de contar nada, ni días ni días ni estrellas ni minutos, porque hay momentos en que contar es exactamente lo que no hay que hacer.

El lago quieto.

Las estrellas duplicadas.

Y nosotros dos en el embarcadero, en el centro de todo ese silencio enorme, sin ningún sitio al que llegar que no sea aquí.

Capítulo 28



Me despierto el jueves sabiendo que es el penúltimo día.
No hace falta mirarlo en el calendario ni calcularlo, simplemente lo sé, con esa certeza física que tienen las cosas que no quieres que lleguen y que llegan de todas formas con una puntualidad perfecta e indiferente.
Mañana Poppy se va.
Me quedo en la cama un momento mirando el techo de madera que llevo dos semanas mirando y que ya conozco de la misma manera en que conoces las cosas que han estado cerca de ti suficiente tiempo, cada veta, cada nudo, cada imperfección.
Luego me levanto.
Poppy está en la terraza con el café y una expresión que reconozco porque es la misma que tengo yo, esa mezcla de querer estar completamente aquí y no poder evitar que el mañana se cuele por los bordes.
Me siento a su lado.
No digo nada.
Ella tampoco.
El lago esta mañana está en calma absoluta, sin viento, sin olas, con esa quietud que tienen los sitios cuando saben que algo está a

punto de terminar y deciden estar lo más quietos posible.
O quizás eso lo pongo yo.

— ¿Qué quieres hacer hoy? — pregunto.

— Todo — dice—. Nada. No sé.

— Las dos cosas son compatibles aquí.

— Ya lo sé — dice—. Eso es lo que voy a echar de menos. Que aquí las dos cosas son compatibles.

Lo pienso.

— En Londres también pueden serlo — digo.

Me mira.

— ¿Tú lo crees de verdad?

— Creo que depende de con quién estés — digo.

Silencio.
Poppy mira el lago con esa atención suya, esa manera de mirar las cosas grandes sin reducirlas.

— Logan — dice.

— ¿Sí?

— Anoche en el embarcadero.

— ¿Sí?

— ¿Eso cambia algo?

— ¿Qué quieres que cambie?

— No lo sé — dice—. Quiero saber lo que tú piensas.

Lo pienso de verdad, no la respuesta fácil sino la honesta.

— Cambia que ya no tengo dudas — digo—. Si las tenía. Que no las tenía, pero ya no las tengo del todo seguro.

— Eso no es muy claro — dice.

— No — admito—. Pero es verdad.

Sonríe, pequeño, de lado, de los suyos.

— Dieciséis minutos en metro — dice.

— Dieciséis minutos — confirmo.

Pasamos la mañana en el pueblo por última vez.
La librería, el pub, la tienda de alimentación donde Poppy compra tres cosas que no necesita y que sospecho que compra para tener algo que hacer con las manos. El hombre de las gafas le recomienda

otro libro que ella compra sin dudarlo y que mete en la bolsa con el cuidado de quien guarda algo que sabe que va a necesitar.
En el pub la mujer nos trae los cafés sin que los pidamos y se queda un momento más de lo habitual.
— ¿Os vais? — pregunta.
— Mañana — dice Poppy—. Yo mañana.
La mujer la mira, luego me mira a mí.
— Volved — dice, simplemente, y se va.
Poppy mira su café.
— Me gusta este pueblo — dice en voz baja.
— A mí también — digo.
— ¿Volverías?
— Sí — digo, sin dudarlo—. ¿Tú?
Me mira.
— Sí — dice—. Pero no sola.
Lo deja ahí, sin adornos, y yo lo recojo igual, sin adornos, y nos terminamos el café con el pueblo alrededor y la mujer detrás de la barra que no nos mira pero que sonríe sola mientras limpia los vasos.
Por la tarde Poppy hace la maleta.
La escucho desde la terraza, los cajones abriéndose y cerrándose con ese orden suyo, y pienso en el primer día cuando llegué y escuché exactamente lo mismo desde el otro lado y no sabía todavía quién era la persona que hacía ese sonido.
Ahora lo sé.
Sé cómo toma el café y cómo camina y cuánto tarda cuando dice que tarda diez minutos. Sé que es más valiente de lo que cree y que cuando algo le importa de verdad lo guarda un rato antes de decirlo. Sé que se ríe mirando hacia otro lado y que compra cosas sin motivo cuando está contenta y que el lago le ha hecho algo que Londres llevaba años deshaciendo.
Lo sé todo y dentro de veinticuatro horas va a subirse a un tren.
Salgo de la terraza y llamo a su puerta.
— ¿Sí? — dice.
— La cena la hago yo — digo.

Silencio breve.

— ¿Huevos con pasta? — dice.

— Algo mejor — digo.

— ¿Cómo de mejor?

— Ven a las ocho y lo ves.

Pausa.

— De acuerdo — dice.

Vuelvo a la cocina y abro la nevera y miro lo que hay con la concentración de alguien que tiene un objetivo claro, porque esta noche quiero hacer algo bien, algo concreto y real, algo que no se quede solo en palabras.

Porque mañana se va.

Pero esta noche todavía está aquí.

Y eso, esta noche, es suficiente para empezar.

Capítulo 29

Logan cocina salmón.
No huevos, no pasta, salmón con algo verde que no identifico del todo y unas patatas que ha hecho de una manera que no sé cómo describir excepto que están perfectas, con ese punto crujiente por fuera y blando por dentro que requiere o mucha práctica o mucha atención y que en cualquier caso no esperaba.
Me quedo en la puerta de la cocina mirándole trabajar.
No sabe que le estoy mirando, o sabe que le estoy mirando y no dice nada, que con Logan a veces es difícil distinguir las dos cosas.

— ¿Desde cuándo cocinas así? — digo.

Se gira.

— Mi madre — dice—. Los veranos en Escocia. Cuando mi padre no estaba ella cocinaba y yo miraba y fui aprendiendo sin darme cuenta.

— ¿Por qué no lo habías dicho antes?

— No me lo habías preguntado — dice, simplemente.

Tiene razón.
Me siento en la silla de la mesa y le veo terminar con esa eficiencia tranquila suya, sin prisa pero sin pausa, y pienso que hay cosas de Logan que llevo dos semanas descubriendo y que probablemente

haya muchas más que no he descubierto todavía, y que eso, en vez de parecerme una pérdida, me parece exactamente lo contrario.
Cenamos en la terraza con las velas.
Las últimas tres, las que quedan de las que compré el lunes sin motivo, que ahora tienen un motivo completamente claro aunque entonces no lo supiera.
El salmón está tan bueno que me quedo en silencio los primeros minutos, lo cual Logan recibe con la satisfacción contenida de alguien que consiguió lo que se proponía.

— Está increíble — digo.

— Gracias.

— En serio, Logan. ¿Por qué llevas dos semanas dejando que cocine yo?

— Porque tú querías cocinar — dice—. Y porque aprendo cosas mirándote.

— ¿Qué cosas?

— Cómo organizas el espacio — dice—. Siempre empiezas por el orden antes de empezar a cocinar. Colocas todo antes de tocar nada.

— Es lo más eficiente.

— Lo sé — dice—. Por eso lo aprendí.

Lo miro.

— ¿Llevas dos semanas aprendiendo a cocinar como yo?

— Entre otras cosas — dice, y bebe vino con esa expresión de medio lado.

Aparto la mirada antes de ponerme colorada otra vez.
El lago de noche con las velas encima. El último salmón. Las últimas velas. El último miércoles, el último jueves, y mañana el último lago desde la terraza antes de la maleta y el autobús y el tren y Londres.

— Logan — digo.

— ¿Sí?

— Quiero pedirte algo.

— Dime.

— Mañana por la mañana no me acompañes al autobús — digo.

Me mira.

— ¿Por qué?

— Porque si te quedas en el autobús voy a ponerme a llorar delante de tres turistas y un señor con un perro — digo —, y prefiero despedirme aquí. En el lago.

Silencio.

— De acuerdo — dice.

— ¿No vas a discutirlo?

— No — dice—. Tiene sentido.

— La mayoría de las cosas que digo tienen sentido.

— La mayoría — confirma, y hay algo en su voz que no es burla sino ternura, que es diferente y que esta noche noto más que nunca.

Terminamos la cena despacio, sin prisa, con esa conciencia de los dos de que esta es la última cena con el lago delante y las velas encima, y ninguno lo dice en voz alta porque no hace falta decirlo, está ahí de todas formas, presente y tranquilo, como el lago.

Recogemos juntos en la cocina.

Luego salimos a la terraza y nos sentamos en el escalón, los dos, con el hombro de él contra el mío y el lago delante y las velas apagadas ya y el cielo lleno de estrellas de las de verdad, de las que en Londres no se ven.

— Logan — digo en voz baja.

— ¿Sí?

— Gracias.

— ¿Por qué?

— Por estar aquí cuando llegué — digo—. Por no irte cuando llegué. Por los platos que no encontrabas y los petirrojos y el monte y las manos en el sofá y anoche en el embarcadero y el salmón.

— Es mucho por lo que dar las gracias — dice.

— Ha sido mucho — digo.

Me pone el brazo alrededor de los hombros y me acerco a él y nos quedamos así, en el escalón, mirando el lago que nos ha tenido dos semanas y que mañana nos va a soltar, cada uno a su lado, con

dieciséis minutos de metro entre los dos y todo lo que viene después que todavía no tiene nombre pero que está ahí, esperando, tan quieto y tan seguro como el lago.

— Poppy — dice.

— ¿Sí?

— Dieciséis minutos.

— Dieciséis minutos — repito.

Y nos quedamos callados hasta que las velas se apagan solas y el frío nos obliga a entrar, y esa noche duermo de un tirón, profundo y sin listas, con el lago fuera y él al otro lado de la pared y mañana todavía siendo mañana.

Capítulo 30



Me despierto el viernes con el sonido del lago.
No es la primera vez que me pasa, llevo dos semanas despertándome con ese sonido, pero esta mañana es diferente porque esta mañana sé que es la última vez, y eso le da al sonido una calidad distinta, más nítida, más presente, como cuando sabes que estás a punto de perder algo y de repente lo escuchas de verdad por primera vez.
Son las seis menos veinte.
Me quedo en la cama un momento mirando el techo de madera que ya conozco de memoria, cada veta, cada nudo, la mancha pequeña en la esquina derecha que parece un pájaro si la miras desde cierto ángulo y que la primera noche me pareció inquietante y que ahora me parece casi un amigo. Dos semanas durmiendo debajo de este techo y ya lo echo de menos antes de haberlo dejado.
Eso dice algo.
No sé exactamente qué, pero algo.
Me levanto despacio, sin el automatismo de los lunes en Londres, sin la urgencia de ningún sitio al que llegar. Me pongo el jersey de siempre, el azul, el que traje pensando que era para el frío y que al final he usado todos los días porque aquí el frío de la mañana no es una molestia sino una razón para quedarse dentro con el café un poco más. Me miro en el espejo del baño el tiempo justo para ver

que tengo el pelo revuelto y que no me importa, que es quizás el cambio más pequeño y más significativo de estas dos semanas.
La Poppy de Londres tardaba quince minutos en el pelo antes de salir a la terraza de su propio piso.
Esta Poppy sale con el pelo como salga.
No sé cuánto va a durar eso cuando vuelva, si Londres me lo va a quitar despacio o si voy a conseguir quedármelo, pero esta mañana, la última mañana, me parece importante notarlo
Logan ya está en la terraza cuando salgo.
Lo sabía antes de abrir la puerta, hay un sonido en la cabaña cuando él está despierto que es diferente al sonido de la cabaña vacía, algo en el aire, una presencia que no es ruido sino simplemente la certeza de que hay alguien, y después de dos semanas lo noto antes de verlo.
Está en su silla con el café y el cuaderno cerrado en el regazo.
El cuaderno cerrado.
En dos semanas no había visto el cuaderno cerrado por la mañana, siempre está abierto, siempre tiene el bolígrafo en la mano o entre los dedos o en la mesa al lado, siempre hay algo que anotar o buscar o empezar. Esta mañana está cerrado y él mira el lago con las dos manos alrededor de la taza y una expresión que reconozco porque es la misma que tengo yo, esa mezcla de querer estar completamente aquí y no poder evitar que el después se cuele por los bordes por mucho que intentes mantenerlo fuera.
Me ve salir y no dice nada.
Yo tampoco.
Me hago el café con la puerta de la terraza abierta para no perder el sonido del lago, que esta mañana tiene una calma absoluta, sin viento, sin olas, con esa quietud que tienen los sitios cuando deciden ser generosos en el momento en que más lo necesitas.
Salgo.
Me siento en el escalón.
El lago esta mañana es el más bonito que he visto en dos semanas.
Por supuesto.

Por supuesto que el lago decide ser el más bonito del verano el día que me voy, con el sol pegando en el agua de una manera que la hace brillar desde dentro, con los montes al fondo más verdes y más definidos que nunca, con ese azul del cielo que el Lake District guarda para las ocasiones especiales y que hoy ha decidido que esta lo es.

Una crueldad preciosa.

O un regalo.

Depende de cómo lo mires.

— Buenos días — dice Logan finalmente, cuando ya tengo el café entre las manos.

— Buenos días.

Silencio.

No el silencio incómodo del primer día, no ese silencio de dos desconocidos que no saben todavía qué decirse. Este es el silencio de dos personas que se conocen bien y que esta mañana han decidido sin hablarlo que las palabras pueden esperar un poco, que primero el lago, primero el café, primero este momento exacto que no va a repetirse.

— ¿Has dormido? — pregunta.

— Algo — digo—. Tú también tenías cara de no haber dormido mucho.

— Me desperté a las cuatro — dice.

— ¿Y qué hiciste?

— Intenté escribir — dice—. No pude. Me quedé mirando el cuaderno.

— ¿Y luego?

— Luego me quedé mirando el techo — dice—. Hasta las seis.

Lo miro.

— Logan.

— ¿Sí?

— Estás bien.

No es una pregunta. Es lo que le dije anoche y lo que necesito decirle esta mañana también, porque hay cosas que no pierden

sentido aunque las digas dos veces.
Me mira.
— Ya lo sé — dice—. Tú también.
— Ya lo sé — digo.
Y nos quedamos así, con el café y el lago y el sol de la última mañana, sin decir nada más durante un rato que no mido porque esta mañana, la última mañana, he decidido que no voy a medir nada.
Desayunamos tarde.
No hay prisa, el autobús sale a las diez y son las siete y cuarto y tres horas en este lago esta mañana es tiempo suficiente para todo lo que queda por hacer, que no es mucho en términos prácticos y que es enorme en todos los demás.
Logan hace tortitas.
No me lo dice, simplemente las hace, y cuando salgo de la terraza a buscar más café los encuentro en la sartén con ese olor que ya asocio a la semana pasada, al miércoles en que yo los hice mal la primera vez y bien la quinta y él se comió todos sin decir nada sobre los primeros.
— ¿Tortitas? — digo.
— Tortitas — confirma, sin girarse.
— ¿Sabes hacerlas?
— Aprendí el miércoles — dice—. Mirándote.
Me quedo en la puerta de la cocina mirándole la espalda, los hombros, las manos en la sartén con esa atención que le pone a las cosas que le importan, y pienso que hay personas que aprenden mirando y personas que aprenden haciendo y que Logan es de las primeras, que lleva dos semanas mirando y guardando y aprendiendo en silencio, y que eso, de todas las cosas que he descubierto de él, es quizás la que más me va a costar dejar atrás.
No dejar atrás.
Llevar conmigo de otra manera.
— ¿Están bien? — digo.
— Están bien — dice—. La tercera es la buena.
— La quinta — lo corrijo.

Se gira.

— ¿Contaste mis tortitas?

— Soy asesora fiscal — digo—. Cuento todo.

Esa sonrisa suya, la de verdad, la que ya no tarda en salir.

Desayunamos en la terraza con las tortitas y el café y el lago delante y la conversación va y viene sin esfuerzo, de las cosas pequeñas, de las que no tienen peso propio pero que juntas construyen algo que sí lo tiene. Me habla de su editor, que lleva meses esperando la novela con una paciencia que según Logan es más miedo que paciencia. Le hablo de Diane, de cómo el lunes voy a tener que ponerse al día con todo lo que he ignorado esta semana y de cómo eso me parece, por primera vez en años, un problema manejable en vez de una amenaza.

— ¿Por qué manejable ahora? — pregunta.

— Porque sé que existe un lago — digo—. Antes no lo sabía de verdad. Lo sabía en abstracto, que existen los lagos y los montes y las cabañas y los sitios donde el tiempo funciona diferente, pero no lo había sentido. Ahora sí. Y eso cambia cómo se ve el lunes desde aquí.

— ¿Y desde Londres?

— Eso ya lo veremos — digo honestamente—. Pero creo que algo se queda. No todo se va con el tren.

Me mira con esa expresión de los días buenos.

— No — dice—. No todo se va.

A las nueve menos cuarto subo a hacer la maleta.

No tardo mucho porque la mayor parte ya está hecha desde anoche, con ese orden mío que no puedo evitar aunque quiera, esa necesidad de tener las cosas en su sitio antes de que llegue el momento, que es una manera de controlar lo que se puede controlar cuando otras cosas no se pueden.

Doblo el jersey azul.

Lo miro un momento.

Lo meto en la maleta y luego lo saco y me lo pongo, porque es el jersey del lago y el lago todavía no ha terminado y quiero llevarlo puesto hasta el último momento.

El libro de tapas azules va en el bolso, no en la maleta.
Las botas nuevas van en la maleta porque en Londres no voy a necesitarlas, o eso me digo, aunque mientras las meto pienso que quizás sí, que quizás en Londres también hay sitios donde ponerse botas y subir cosas, que quizás eso también es algo que me llevo de aquí.
Cierro la maleta.
Me quedo sentada en el borde de la cama un momento.
La habitación ya no huele a mí del todo, o sí huele a mí pero también huele a la madera y al lago y a estas dos semanas, y llevarse ese olor no es posible aunque quisiera, aunque metiera toda la ropa en la maleta abierta durante una hora, que es algo que por un momento pienso en hacer y que no hago porque son las nueve y cuarto y el lago me espera.
Bajamos al embarcadero los dos.
La maleta la dejamos en el salón junto a la puerta, lista, con el bolso encima y el libro de tapas azules asomando, y salimos a la terraza y bajamos los escalones y caminamos por la hierba húmeda de la mañana hasta el embarcadero sin decir nada, con ese acuerdo tácito que hemos desarrollado estas dos semanas de saber cuándo las palabras ayudan y cuándo estorban.
Esta mañana estorbarían.
Nos sentamos al final del embarcadero con los pies colgando sobre el agua.
Por última vez.
El lago desde aquí es todo lo que existe, enorme y quieto y completamente indiferente a que yo me vaya hoy, que es lo que más me gusta de él, esa indiferencia magnífica que no juzga ni retiene ni pide que te quedes, que simplemente está y deja que las cosas sean lo que son.
— ¿Estás bien? — dice Logan.
Lo pienso de verdad, no la respuesta automática sino la honesta, la que requiere mirar en el sitio donde guardas las cosas que importan.
Pienso en Londres y en el trabajo y en el piso pequeño y en el lunes y en todo lo que me espera al otro lado del tren. Pienso en Daniel,

que ya no duele, que ya es solo el nombre de algo que fue y que dejó espacio para otras cosas. Pienso en Sophie y en su nota, *para Poppy que necesita parar aunque no lo sepa todavía*, y en lo mucho que tenía razón y en lo poco que lo sabía cuando la leyó.

Y pienso en esto.

En el lago.

En él.

En la persona que encontré al otro lado de una puerta hace dos semanas y que no era lo que esperaba y era exactamente lo que necesitaba, que son a veces la misma cosa cuando tienes suerte.

— Sí — digo—. Estoy bien de verdad. Estoy mejor que en años.

— Ya lo sé — dice.

— ¿Lo sabías?

— Desde el principio — dice—. Bueno, desde el segundo día. El primero todavía estabas enfadada con Sophie.

Me río.

Esa risa mía, la que no planeo, la que simplemente ocurre, aquí en el embarcadero por última vez con el lago delante y el sol encima.

— Sigo un poco enfadada con Sophie — digo.

— No — dice—. Ya no.

Tiene razón.

Ya no.

— Logan — digo.

— ¿Sí?

— Cuando vuelvas a Londres.

— ¿Sí?

— No esperes demasiado para llamarme.

— ¿Cuánto es demasiado?

— Más de una semana — digo—. Más de una semana es demasiado.

— De acuerdo — dice.

— ¿De acuerdo como cuando dices de acuerdo y lo haces, o de acuerdo como cuando dices de acuerdo y luego resulta que no sabías dónde estaban los platos?

Me mira con esa expresión de medio lado.

— De acuerdo como cuando lo hago — dice.

— Bien.

Silencio.

El agua debajo de nuestros pies. El sol encima. Los árboles al otro lado del lago que son de ese verde imposible de las mañanas de verano inglesas.

Logan me coge la mano.

No dice nada.

Yo tampoco.

Nos quedamos así, con las manos juntas en el embarcadero, mirando el lago que nos tuvo dos semanas y que ahora nos va a soltar, cada uno a su lado, con dieciséis minutos de metro entre los dos y todo lo que viene después que todavía no tiene nombre pero que está ahí, esperando, tan quieto y tan seguro como el agua debajo de nuestros pies.

A las nueve y cuarenta me levanto.

Porque si no me levanto ahora no me voy a levantar.

Logan se levanta conmigo y me besa, una vez, tranquilo y largo y sin prisa, con el lago detrás y el sol encima y la cabaña al fondo con mi maleta junto a la puerta, y cuando me separo me está mirando con esa expresión nueva, la que no había visto antes de esta semana y que ya no voy a poder dejar de ver.

— Poppy — dice.

— ¿Sí?

— El jersey azul — dice—. Quédatelo.

Lo miro.

— Es mío — digo.

— Ya lo sé — dice—. Pero quería decírtelo de todas formas.

Me río una vez más, la última risa del lago, y me giro y camino por el embarcadero hacia la cabaña sin mirar atrás porque si miro atrás no me voy, y cojo la maleta y el bolso con el libro de tapas azules asomando y salgo por la puerta y tomo el camino hacia la carretera

entre los muros de piedra y los árboles con el jersey azul puesto y el lago detrás haciéndose más pequeño con cada paso.
Me giro una sola vez.
Está en el embarcadero.
Me mira.
Yo le miro.
Luego me giro y sigo andando.
Dieciséis minutos de metro.
Que esta mañana, en este camino entre muros de piedra y árboles con el Lake District detrás y Londres delante, es la distancia más corta del mundo.

Capítulo 31



Me quedo en el embarcadero hasta que desaparece entre los árboles.

No sé cuánto tiempo es eso exactamente, no lo mido, que es algo que he aprendido aquí, que hay momentos que no necesitan ser medidos sino simplemente vividos hasta que terminan solos. La veo alejarse por el camino de piedra con la maleta y el bolso y el jersey azul, y luego los árboles se la van comiendo despacio, primero las piernas, luego el torso, luego el pelo, hasta que solo queda el camino vacío y el sonido de sus pasos que tampoco dura mucho.

Y luego nada.

Solo el lago.

Me quedo mirando el punto entre los árboles donde desapareció durante un momento que tampoco mido, y luego miro el lago, que está exactamente igual que antes de que ella se fuera, exactamente igual que hace dos semanas cuando llegué, exactamente igual que estará mañana y dentro de un mes y dentro de cien años, con esa indiferencia suya que al principio me pareció frialdad y que ahora entiendo que es otra cosa, que es permanencia, que es la tranquilidad de las cosas que saben que van a seguir estando.

El lago sigue estando.
Yo también.
Vuelvo a la cabaña despacio, sin prisa, que es como he aprendido a moverme aquí y que espero conservar aunque sé que Londres va a intentar quitármelo desde el primer día.
La cabaña sin Poppy tiene un silencio diferente.
No peor, diferente.
Es el silencio de antes de que llegara, el mismo silencio de los primeros cuatro días, pero ahora lo noto de otra manera porque sé lo que puede ser cuando no está vacío, cuando hay alguien haciendo café en la cocina o leyendo en el sofá o sentada en el escalón de la terraza con los pies descalzos y el café frío que no termina nunca.
Su habitación tiene la puerta cerrada.
No la abro.
No todavía.
Me hago un café, el tercero de la mañana, y salgo a la terraza y me siento en mi silla con el cuaderno en el regazo, esta vez abierto, porque esta mañana sí tengo cosas que escribir, muchas cosas, todas las cosas que llevan dos semanas acumulándose en algún sitio esperando el momento y que esta mañana, con el embarcadero vacío y el jersey azul que no está y los dieciséis minutos de metro, han decidido que el momento es ahora.
Escribo.
No cuento las frases.
A las doce paro y releo lo que he escrito y es lo mejor que he escrito en años, no porque sea perfecto sino porque es verdad, completamente verdad, sin las capas que uno pone encima de las cosas cuando escribe desde un sitio seguro y distante. Esto lo he escrito desde dentro, desde el centro exacto de algo que todavía está pasando, y eso se nota en cada línea de una manera que no puedo explicar pero que reconozco, que es la misma manera en que reconocí la segunda novela cuando la estaba escribiendo, esa certeza física de que lo que tienes entre las manos es real.
Cierro el cuaderno.
Miro el lago.

Pienso en llamar a mi editor y luego decido que puede esperar un día más, que hoy el lago todavía se merece toda la atención.
Por la tarde hago algo que no había hecho en dos semanas.
Voy solo al pueblo.
Camino por la carretera estrecha entre los muros de piedra y los árboles con las manos en los bolsillos y el sol de la tarde encima, y el camino sin ella tiene un aspecto diferente pero no peor, más mío quizás, más del Logan que llegó aquí hace dos semanas buscando algo que no sabía nombrar y que esta tarde, de vuelta al pueblo solo por primera vez, siente que encontró aunque no sea exactamente lo que esperaba encontrar.
Nunca es lo que esperas.
Eso también lo escribiré.
En el pueblo entro en la librería, que está a punto de cerrar pero el hombre de las gafas me deja entrar con la generosidad tranquila de alguien que nunca ha cerrado la puerta en la cara de nadie que quiera entrar a mirar libros.

— ¿Se fue la chica? — pregunta desde el fondo.

— Esta mañana — digo.

Asiente, sin dramatismo, con esa sabiduría específica de los hombres que llevan décadas en un pueblo pequeño junto a un lago y que han visto suficientes historias como para saber cuándo una tiene continuación.

— Buen lago, este — dice, y desaparece entre las estanterías.

Recorro los estantes sin buscar nada concreto, que es la única manera de recorrer esta librería, y encuentro un libro fino de poesía que no es el de tapas azules de Poppy sino otro, de una autora que no conozco, y lo abro por el medio como hacemos los dos, como hemos hecho los dos estas dos semanas sin habérnoslo enseñado el uno al otro, y leo tres líneas que dicen algo que ya sé pero que está bien ver escrito.
Lo compro.
En el pub la mujer me ve entrar solo y no dice nada, solo pone una cerveza en la barra con esa eficiencia suya de quien conoce los

pedidos antes de que los hagas.

— ¿Cuánto tiempo más te quedas? — pregunta.

— Una semana — digo—. Quizás dos.

— Bien — dice—. El lago necesita gente que lo mire de verdad.

Bebo la cerveza despacio, mirando la calle por la ventana, los tejados, el campanario, la luz de la tarde que en este pueblo tiene un ángulo que no he visto en ningún otro sitio, esa luz lateral de las cinco que lo dora todo con una generosidad que parece imposible.

Pienso en Poppy en el tren ahora mismo.

Me pregunto si estará mirando por la ventana, si habrá abierto el libro de tapas azules, si estará pensando en el lago o en el lunes o en las dos cosas a la vez que es probablemente lo más Poppy Hartwell que existe.

Saco el teléfono.

Lo miro un momento.

¿Estás en el tren?

Tres segundos.

Sí. Mirando por la ventana.

Sonrío.

¿En qué piensas?

Cinco segundos esta vez.

En el lago. Y en el lunes. Y en dieciséis minutos.

Lo guardo en el bolsillo y termino la cerveza con algo en el pecho que no es tristeza ni alegría sino algo más tranquilo y más permanente que las dos, algo que se parece a saber, simplemente saber, que las cosas van a ir bien sin poder explicar exactamente por qué ni exactamente cómo, solo que sí, que van a ir bien, que el lago hizo su trabajo y que lo que queda ahora es el resto, que es mucho y es bueno y empieza en dieciséis minutos de metro.

Esa noche enciendo la chimenea.

No hace frío suficiente para justificarlo pero la enciendo de todas formas, con la misma lógica con que Poppy compró las velas el lunes sin motivo, que es la lógica de hacer las cosas porque apetecen y no

porque sean necesarias, que es algo que he aprendido aquí y que pienso llevarme a Londres aunque Londres lo ponga difícil.
Me siento en el sofá con el libro nuevo de poesía y el cuaderno al lado y el fuego delante y el lago detrás, y leo un rato y escribo un rato y luego me quedo mirando el fuego sin hacer nada, que es algo que hace tres semanas no sabía hacer y que ahora hago con una naturalidad que me sorprende todavía un poco.
A las diez y media el teléfono vibra.
Ya en casa. El piso huele a cerrado pero el lago todavía está en algún sitio.
Lo leo dos veces.
El lago siempre está en algún sitio si sabes buscarlo.
¿Cuándo vuelves a Londres?
Miro el cuaderno. Miro el fuego. Miro el lago invisible detrás de las ventanas oscuras.
La semana que viene. El miércoles.
Tres segundos.
El miércoles.
Sí.
Dieciséis minutos.
Dieciséis minutos, escribo.
Y dejo el teléfono en la mesita y vuelvo al fuego y me quedo ahí, en el sofá de la cabaña junto al lago más grande de Inglaterra, con la novela terminada en el cuaderno y una semana más de lago por delante y el miércoles después, que esta noche, con el fuego encendido y el lago detrás y esos dieciséis minutos que ya no son una distancia sino una dirección, me parece el mejor día de la semana.

FIN

Agradecimientos

Hay libros que se escriben solos y libros que necesitan de muchas manos para llegar hasta aquí. Este es de los segundos.
A mis padres, por ser el principio de todo. Por enseñarme que los sueños no tienen fecha de caducidad y que vale la pena perseguirlos aunque el camino sea largo. Todo lo que soy empieza en vosotros.
A Isabel, gracias por comprarme siempre, siempre, todos y cada uno de los libros que he publicado. Ese gesto, repetido una y otra vez, significa más de lo que puedo expresar.
A Alicia, gracias por apoyarme siempre. Por estar ahí sin importar el momento.
A Yurena, gracias por leerme y por apoyarme. Por ser de esas personas que hacen que escribir valga la pena.
A todos mis lectores, los de siempre y los que llegáis nuevos, gracias por darle sentido a todo esto. Sin vosotros estas páginas serían solo palabras. Con vosotros son algo mucho más grande.
And to you, my love. I love you. More than words, more than any story I could ever write. Always and forever.

Anterior libro de la autora:

